

PERIOLIBROS



ELISEO DIEGO

ANTOLOGÍA

1949-1985

Ilustraciones:
Vicente Gandía

Página/12



Este *Periolibro*
llega a millones de lectores
en toda Iberoamérica
a través de 25 reconocidos periódicos,
gracias al auspicio de:

BANCO INTERAMERICANO
DE DESARROLLO

◆

FUNDACIÓN DE INVESTIGACIONES SOCIALES A.C.

◆

IBERIA

◆

BANCO SANTANDER

◆

FUNDAÇÃO ROBERTO MARINHO

◆

BACARDÍ Y CÍA. S.A. DE C.V.

◆

UNESCO
y FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
agradecen el respaldo a este gran proyecto
de integración iberoamericana

ELISEO DIEGO

Poeta cubano que nació y murió en La Habana (1920-1994). Desde niño se inició en el trato con las actividades artísticas, particularmente la literatura, y muy pronto, en 1942, publicó su primer libro: *En las oscuras manos del olvido*. A partir de sus experiencias juveniles, sus más cercanos compañeros de aventura fueron Cintio Vitier, Octavio Smith y Lorenzo García Vega, con quienes participó en la publicación de *Clavileño* (1942-1943), en cuyas páginas se dieron a conocer varios escritores incipientes. Perteneció al cuerpo redactor de *Orígenes* (1944-1956), revista dirigida por José Lezama Lima y José Rodríguez Feo, y hasta su muerte formó parte del comité responsable de *Unión*, órgano de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba.

La poesía de Eliseo Diego, inspirada a menudo por los recuerdos de los primeros años de su vida, testimonia un mundo provinciano que poco a poco se desvanece pero que al mismo tiempo se torna en un rincón conservado en la memoria, como una estampa que, al ser evocada, enciende un halo sombrío que nos obliga a regresar a imágenes humedecidas por la añoranza. "Un poema no es más que una conversación en la penumbra", dijo alguna vez aunque al mismo tiempo se hallaba convencido de que todo –mundo y conciencia– viaja dócilmente hacia las sombras:

Y alzo mi copa vuelta sombra a sombras
como un espectro más, desvanecido.

Reflejado en las imágenes creadas por su pluma, el poeta mira su historia personal, la pérdida de lo que fue y de lo que está dejando de ser, como quien se interna a paso lento en la última soledad, camino de lo inmóvil: "¡Oh ciega roca inmemorial, eterna!" Su poesía es viva prueba de esa memoria "entretejida de las imágenes de la infancia –expresado con palabras de Cintio Vitier–, de la patria original y de las figuras o revelaciones sagradas de la especie". Todo ello encarnado, hecho forma, "en la arcilla más prudente y suntuosa de su idioma, en el discurso que llegó a una tensión en que la retórica es el sello espontáneo y sustancial de la alabanza".

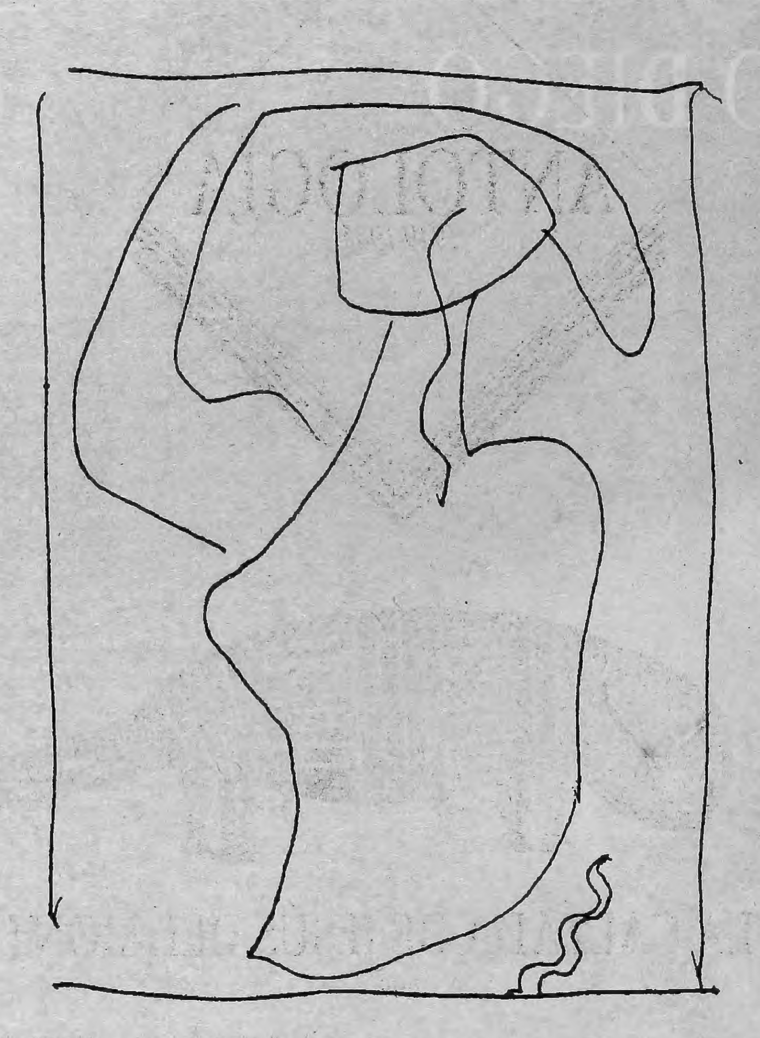
Entre la dicha y la tiniebla, editada por el Fondo de Cultura Económica, es una antología que comprende poemas escritos de 1949 a 1985. El libro, elegido por Diego García Elío, reúne muestras de *En la Calzada de Jesús del Monte* (1949), *Por los extraños pueblos* (1958), *El oscuro esplendor* (1966), *Muestrario del mundo* (1968), *Versiones* (1970), *Los días de tu vida* (1977), *A través de mi espejo* (1981), *Inventario de asombros* (1982) y algunos nunca recogidos en volumen.

En 1993 fue otorgado a Eliseo Diego el *Premio Juan Rulfo*. En esa ocasión, Vitier señaló los vínculos que ese premio crean entre ambos países: "Sirva el Premio Juan Rulfo, otorgado a Eliseo Diego, para estrechar aún mas la fraternidad espiritual de México y Cuba. Sirva para recordarnos que el camino de la poesía es uno de los más invisibles y eficaces hacia la integración latinoamericana. Sirva, en fin, para hacer votos por un mundo en que los jóvenes sigan fracasando en sus estudios de Derecho pero no en sus estudios y practica de la belleza y la justicia."

VICENTE GANDÍA

Nace en Valencia, España, en 1935. De formacion autodidacta, este gran artista plástico ha expuesto en importantes galerías y museos de Europa, América Latina y Estados Unidos.

En 1962 y 1970 obtiene, entre otros reconocimientos, el 1er. Premio del Salon del Grabado en México, país en el que actualmente radica.



Al poner el libro, convertido en un suplemento de diario ("El Periolibro"), en manos de sus lectores, gracias a la inestimable participación de una red de prestigiosos diarios de Iberoamérica, la UNESCO y el Fondo de Cultura Económica, en cumplimiento de sus objetivos, dan un paso importante en beneficio de la integración cultural iberoamericana. De esta manera, grandes escritores iberoamericanos del siglo veinte, ilustrados por no menos importantes artistas del mismo espacio geográfico y cultural, llegan a millones de hogares al costo de un periódico. Nuestro agradecimiento a todas las personas e instituciones que han hecho posible tan noble esfuerzo.

Federico Mayor
Director General, UNESCO

Miguel de la Madrid
Director General, Fondo de Cultura Económica

Consejo Asesor
Jorge Amado, Alfredo Bryce Echenique, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Augusto Monterroso, Fernando Savater

Dirección Colegiada
Germán Carnero Roqué, Representante de UNESCO en México / **Adolfo Castañón**, Gerente Editorial, Fondo de Cultura Económica

Coordinador General **Manuel Scorza Hoyle**
Asesor Editorial **Alí Chumacero** / *Coordinadora Editorial* **Gabriela Vallejo**
Asesoría Técnica **Manuel Manrique Castro**
Diseño **Vicente Rojo, Rafael López Castro** / *Formación* **Alejandro Valles**
Supervisión **Ma. Ángela González, Manuel Nava Labastida**
Postproducción **Carlos Castañeda**

Diarios Asociados

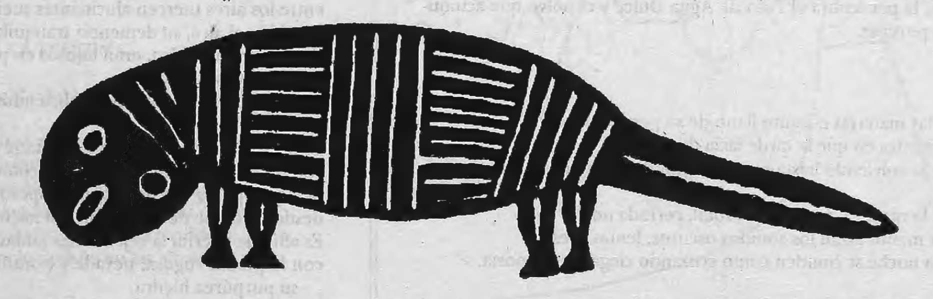
Página/12, Argentina; **Presencia,** Bolivia; **O Globo,** Brasil; **Sport & Show,** Canadá; **La Nación,** Chile; **El Espectador,** Colombia; **La Nación,** Costa Rica; **Juventud Rebelde,** Cuba; **Hoy,** Ecuador; **La Prensa Gráfica,** El Salvador; **ABC,** España; **El Periódico USA,** Estados Unidos; **Siglo Veintiuno,** Guatemala; **La Prensa,** Honduras; **Aurora,** Israel; **Organización Editorial Mexicana,** México; **La Prensa,** Nicaragua; **La Estrella de Panamá,** Panamá; **Hoy,** Paraguay; **La República,** Perú; **Diário de Notícias,** Portugal; **Diálogo,** Puerto Rico; **Listín Diario,** República Dominicana; **La República,** Uruguay; **El Nacional,** Venezuela.

Selección Diego García Elío.
Periolibros: Apartado Postal 20-012, Col. San Ángel, C.P. 01001, México D.F.

PERIOLIBRO No. 32

Periolibros es producido y está registrado en la ciudad de México / Impreso en Argentina / mayo de 1995





EN LA CALZADA DE JESÚS DEL MONTE

1949

EL PRIMER DISCURSO

En la Calzada más bien enorme de Jesús del Monte
donde la demasiada luz forma otras paredes con el polvo
cansa mi principal costumbre de recordar un nombre,

y ya voy figurándome que soy algún portón insomne
que fijamente mira el ruido suave de las sombras·
alrededor de las columnas distraídas y grandes en su calma.

Cuánto abruma mi suerte, que barajan mis días estos dedos de piedra
en el rincón oculto que orea de prisa la nostalgia
como un soplo que nombra el espacio dichoso de la fiesta.

Al centro de la noche, centro también de la provincia,
he sentido los astros como espuma de oro deshacerse
si en el silencio delgado penetraba.

Redondas naves despaciosas lanudas de celestes algas
daban ganas de irse por la bahía en sosiego
más allá de las finas rompientes estrelladas.

Y en la ciudad las casas eran altas murallas para que las tinieblas quiebren.
¡oh el hervor callado de la luna que sitia las tapias blancas
y el ruido de las aguas que hacia el origen se apresuran!
y daban miedo las tablas frágiles del sueño lamidas por la noche vasta.
Mas en los días el vuelo desgarrador de la paloma
embriagaba mis ojos con la gracia cruel de las distancias.

Cómo pesa mi nombre, qué maciza paciencia para jugar sus días
en esta isla pequeña rodeada por Dios en todas partes,
canto del mar y canto irrestañable de los astros.

Calzada, reino, sueño mío, de veras tú me comprendes
cuando la demasiada luz forma nuevas paredes con el polvo
y mi costumbre me abruma y en ti ciego me descanso.

Por la Calzada de Jesús del Monte transcurrió mi infancia, de la tiniebla húmeda que era el vientre de mi campo al gran cráneo ahumado de alucinaciones que es la ciudad. Por la Calzada de Jésus del Monte, por esta vena de piedras he ascendido, ciego de realidad entrañable, hasta que me cogió el torbellino endemoniado de ficciones y la ciudad imaginó los incesantes fantasmas que me esconden. Pero ahora retorna la circulación de la sangre y me vuelvo del cerebro a la entraña, que es donde sucede la muerte, puesto que lo que abruma en ella es lo que pesa. Y a media que me vuelvo más real el soplo del pánico me purifica.

Y sin embargo, aún tiene tiempo la Calzada de Jesús del Monte para enseñarme el reverso claro de la muerte, la extraña conciliación de los días de la semana con la eternidad.

En el orbe tumultuoso si bien estático de sus velorios, metido en el oro de su pompa, allí se abren por primera vez mis ojos; de allí me vuelvo al origen.

VOY A NOMBRAR LAS COSAS

Voy a nombrar las cosas, los sonoros
altos que ven el festejar del viento,
los portales profundos, las mamparas
cerradas a la sombra y al silencio.

Y el interior sagrado, la penumbra
que surcan los oficios polvorientos,
la madera del hombre, la nocturna
madera de mi cuerpo cuando duermo.

Y la pobreza del lugar, y el polvo
en que testaron las huellas de mi padre,
sitios de piedra decidida y limpia,
despojados de sombra, siempre iguales.

Sin olvidar la compasión del fuego
en la intemperie del solar distante
ni el sacramento gozoso de la lluvia
en el humilde cáliz de mi parque.

Ni tu estupendo muro, mediodía,
terso y añil e interminable.

Con la mirada inmóvil del verano
mi cariño sabrá de las veredas
por donde huyen los ávidos domingos
y regresan, ya lunes, cabizbajos.

Y nombraré las cosas, tan despacio
que cuando pierda el Paraíso de mi calle
y mis olvidos me la vuelvan sueño,
pueda llamarlas de pronto con el alba.

*

Y la Calzada de Jesús del Monte estaba hecha, aquel día cuando ascendí, por la contemplación de la miseria, a ver la pobreza de mi lugar naciendo; estaba hecha de tres materias diferentes: la piedra de sus columnas, la penumbra el Paso de Agua Dulce y el polvo que acumulaban sus portales.

*

Rehacen las materias el canto llano de su pesadumbre
a la hora ceniza en que la tarde lacia duerme
por el vacío volviendo hasta colmar el hondo pecho de la calma.

El son de la madera, su espesura total, cerrada noche
donde las manos alzan los sonidos oscuros, lentas aves
que por la noche se hunden como cruzando ciegas la memoria.

Las cornisas, la grave declamación de su reposo
sobre la inconmovible sensatez de los pórticos
con sus pesos colmados en la media fiel del bajo.

Los vidrios que maldicen con agudo furor sus formas
y en la familia irrumpen y aíslan de pánico las cosas,
las implacables miniaturas cuyo revés pensó mi angustia.

Los hierros armoniosos que van en las carretas
iluminando reciamente alegres la pobreza
cuando las nubes rezagadas en mala sombra nos sepultan.

Y las campanas, jueces de voz terriblemente bella
que nombran en el bronce la estatura de la tierra
donde tus huesos crujen, calle, con la promesa enorme de mi muerte.

LAS COLUMNAS

En procesión muy lenta figuran las columnas el reposo
cuando cernidas sus semejanzas hallo
la permanencia real de la mañana.
Como el rostro de Dios pacífico resplandece pétreo el río
cuando ceñido por el instante trémulo
es la eternidad quien a sí misma contempla.
Semejantes al Padre Nuestro
cuyas palabras están contadas pero de pronto no pasará ya nunca
sus columnas sostienen cuán poderosamente
la combada techumbre del día jueves
y en tal espacio se detuvo mi sangre
y un pánico tranquilo soplaba por las venas
en misteriosas mañanas de Domingo
por la Calzada más bien enorme de Jesús del Monte.
Las hogueras nevadas en figura de torres
han extinguido la danza de las hojas
pero qué suave alabanza si abriesen la portada
sería la redonda meditación de las lomas
que contemplan los viajes y la desesperanza de mi puerto
para el dulce tamaño de la vida que miden estas lejanías.

LOS PORTALES

Entre la tarde caldeados, desiertos fijamente, a solas
esparcían su ociosa figuración de la penumbra
los portales profundos, que nunca fueron el umbral venturoso
de la siesta,
la que rocía con dedos suaves los sonidos y ahonda las estancias,
sino que arden hacia dentro como los ojos blancos de los ángeles
en sus nichos de piedra que la lluvia rural va desgastando.
También la lluvia los oprime, también roe sus columnas como
vejez la lluvia
rodando sordamente por los aleros, son del tiempo, vasta
como el canto.
Y el sol, el rojo sol como garganta que un alarido raspa.
Es allí que alterna la majestad sombría de las bestias ocultas
en el húmedo patio
con la redonda gracia del almacén ungido por el sabroso humo
y el alimento espeso de la luz.
Melancólicamente las ventanas dormidas añoran la provincia,
las memorables fiestas de la brisa y el mundo,
en tanto las barandas de hierro, carcomidas por el aciago fervor
del polvo lento,
entre los aires tuercen alucinantes sueños y esperanzas.
También el aire, su demencia tranquila los recorre.
Y acumulaban polvo, eran lujosos en polvo como los
majestuosos pobres
cuando pasean los caminos cubriéndose de polvo desde
los anchos pechos
como si el polvo de la Creación fuese la ropa familiar de un hombre,
con parecida simplicidad temible colmábanse los portales
de aquel polvo tan hondo, tan espeso, alucinante agobio de los ojos,
desde la fuente de Agua Dulce al nacimiento sombrío del silencio.
Es allí que alterna la vejez de las tablas oscurecidas blandamente
con la piedra rugosa, nevada y pontificia que coronan las nubes con
su purpúrea hiedra.
Y el tumultuoso viento henchido de voces como río que surca
el escándalo bermejo de los peces.
La piel áspera y tensa del polvo nunca supo el alivio del árbol
ni la grácil ternura de las danzantes hierbas.
Corredores profundos atraviesan la tarde con un fervor
de soledad demente.
Ah de las puertas petrificadas bajo la canosa locura de su nieve
cuando la brisa solitaria canta y las criollas tablas dulcísimas
y pobres se contestan.
Y aquel oro tan suave, que ilumina el arrugado rostro de los muros
como un fuego lejano que dibuja en el cristal las amorosas
nuevas del pan y la familia,
su pensamiento secreto nos ofrece como el oculto corazón de Dios.

IV

Oigamos las figuras, el son tranquilo de las formas,
las casas transparentes donde las tardes breves suenan
con el rumor distinto del agua en variadas copas,
y su canción humilde sueñen igual que las esferas.

De río bondadoso tu lumbre y tus pausados giros
entre la espesura petrificada de los años
alegremente llaman y las riberas de tus niños
por un extraño aire de gozo y de quietud vibrados.

Las columnas recogen el fino paño de sus sombras,
recamadas a veces por las monedas del recuerdo,
como los senadores juzgan acerca de las formas
y su meditación va profundizando el silencio.

Las ventanas de párpados agobiados con el polvo
pesarosas componen en versos largos el destino,
mas la penumbra mueve por ellas su lenguaje hondo
que la función del pardo extiende bajo los sonidos.

El salmo de las hebras rubias que tañen aires ciegos
por encima del bando de las danzantes ropas alza
su alabanza tranquila de lo azul, su pensamiento,
y por los altos flota la melodía delicada.

Profundas resonancias cavan las manos de los viejos
si en los delgados pechos van trabajosas afanándose,
y las gibas blasfeman junto a muros cenicientos
y crujen los tendones de los caballos y el coraje.

Las ropas sofocadas por su lluviosa pesadumbre
cuelgan de nuestros cuellos como las macilentas pausas
en que retumban como carretas de morir las nubes
y se llenan de sombras y augurios las mamparas.

Pero vuelve, de ola de mármol vuelve la voz dorada
cegando sus misterios el oído en tinieblas vuelven
la bramadora sangre de las paredes desmembradas
y tu apagado canto, rostro, ensordeciéndome.

*

Es así que puesto a mirar les oigo las diferentes formas de pesar sobre el mundo. Y llega una nube extraña y sobreviene el silencio de un interior sagrado y fresco; pero pasa la nube y vuelve el canto, y en el canto mi gente, sorda, que se repite incesante, hacia la pureza final de otro silencio.

EN LA ESQUINA

Desde lejos venían y se han cogido del brazo como libertadores
gigantescos
y prosiguen su marcha entre las casas que los miran azoradas
(vestidas de colores distintos, rojas unas, otras añiles,
una envidiosamente amarilla, violetas las más o pálidas)
Luyanó y Jesús del Monte resplandeciendo sus torsos como si
fuesen dos ríos jóvenes crueles de transparencia y ruido,
el más pequeño cubierto del rocío dorado en las albas
a la intemperie de la Isla
pero el otro con sombras aún en los ojos, sombras
de los recodos más que remotos de la provincia, sombras
del rincón del Apolo o de Santiago el de las Vegas,
donde los cielos son la fronda de un gran álamo o framboyán
que los cobija,
donde no vemos las riberas del mar, sus aguas delgadas,
profundas. cristalinas
hasta su fondo de estrellas, como en las llanuras marítimas
del Camagüey, el silencioso, el echado de bruces contra las aguas
nocturnas de su cielo.

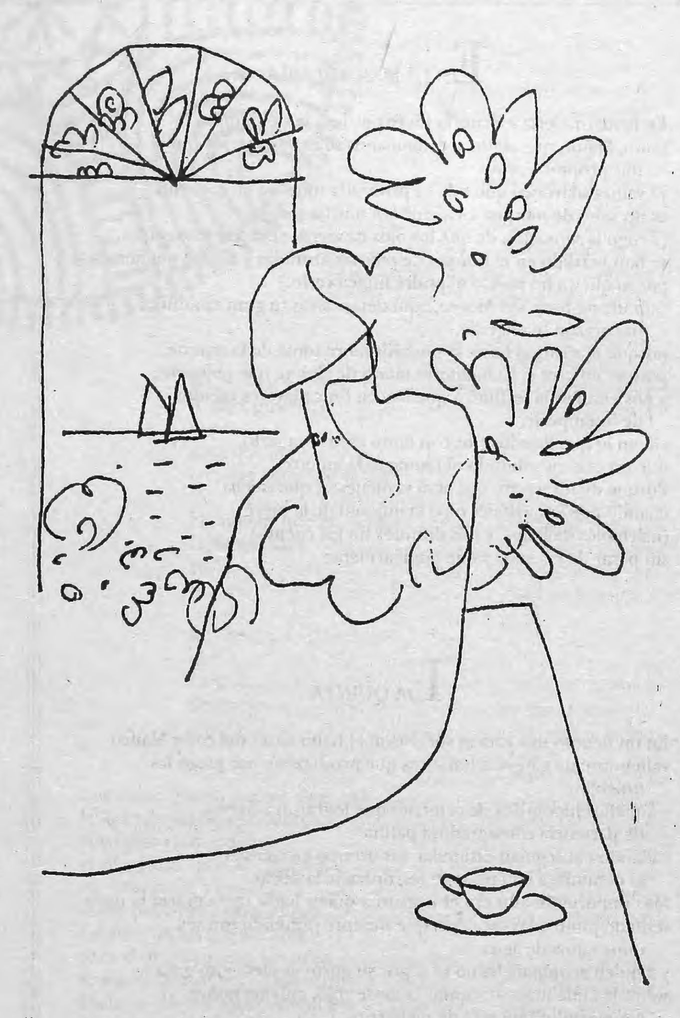
LA IGLESIA

Sobre la desolada perfección de lo pétreo
sin caridad elevan una muralla que no conoce término
para que la costumbre dulcemente bestial
que dimos al cansancio se rompa por la cuesta
con la sentencia insobornable de la cuesta
que deberán subir los ojos ensombrecidos por el macizo fuego
en penitencia del espíritu
que deberá cansarse cuando se cansa nuestro cuerpo.
Pero sobre los lomos de la roca que nadie
supo quién hizo por piedad gigantesca
como sobre la mano cuidadosa de nuestro padre
santificada por la noche purpúrea de los magos
hay una iglesia, unos álamos, unos bancos muy viejos
y una penumbra bondadosa que siempre
se ha prestado grave a los recuerdos.

LA CASA

1

Las dos entre la sombra y en la pared el viernes
ardiendo inmóvil como vellón purísimo del fuego.
Y la vida cayendo despacio, sin sentirlo,
como la luz de los árboles cenizos
o el rugoso sillón de la mano que duerme.



Y ver pasar las nubes, y los años
entre los ojos, distantes hacia la noche última.
La familiar baranda me rehace las manos
y el portal, como un padre, mis días me devuelve.

2

Está la sala poblada de criaturas
como el mar o un bosque de los primeros días.
Sus diversas especies: los venturosos jarrones
a quienes alimentan las despedidas más dulces,
las sillas ágiles inclinadas al agua del espejo
y esa fina serpiente de la lluvia, que danza
entre las hojas de la pared raída.
Y las manos tan tristes del abuelo,
en otra sala, en esperanza y luz distintas.

3

La mesa de comer, la buena mesa
enjaezada de nieve con abejas de oro
como un asno, irónicamente burdo y fidelísimo,
en perpetuo domingo. Extraña fiesta
y suave horror de comer
mientras en torno los silenciosos días
los recuerdos esparcen, los nombres, los sonidos,
y entre la lumbre del pan las manos cruzan
apacibles y bellas, de razonable forma.

4

La penumbra del patio, suave y honda
cobija de la luna bajo nocturnos plátanos,
esparciendo su aroma, la nostalgia,
la familiar distancia de sus astros,
enamora mis ojos, los descansa
como la noche o mi perdida casa.

EN LA MARMOLERÍA

En la marmolería italiana la nieve perdura largo tiempo,
tanto, Señor, que algunos carámbanos son ya tan viejos como
mis propios viernes.
El vaho cadavérico que cala su profunda tramoya de invierno
es un vaho de morgue taciturno sin mucha suerte.
(Tengo la sensación de que los ojos de cierto añorado miércoles
se han perdido en el bosque de piernas azoradas y brazos penitentes,
por lo que ya no puedo ni podré nunca verlo.)
Calzada de Jesús del Monte, aquí demuestras tu gran sabiduría,
tu corazón inteligente,
porque nos cargas hasta la podredumbre tonta de la muerte,
porque no eres el Cementerio mudo de Colón, que tememos,
y nos enseñas la fertilidad que hay en los cadáveres calados
de intemperie,
allí en lo que llamábamos con tanto asco el muerto,
que no es el moribundo ni tampoco la muerte.
Porque de no ser así, qué será el bienestar que siento
cuando por los cristales oigo la quietud de la nieve
(mármoles italianos, y mis difuntos no los cuento)
sin pesar de los años y qué familiarmente.

LA QUINTA

En un tiempo mis padres socavaron el tedio voraz del color blanco
valiéndose de gárgolas lunáticas que prodigaban por juego las
tinieblas,
y aquellos hipogrifos de cemento que lograron a fuerza
de paciencia consagradora pátina
callando conseguían disimular sus bromas y extender
la penumbra con un vago terror hacia la noche.
Más importante aún era el negrito a quien hacía tanta gracia la nada
sentado junto a las escaleras que siempre pretendieron ser
unos saltos de agua
y a quien acompañaba no sé si por su gusto el silencioso gato
sobre la tapia intenso, contar la tarde rojo, enigma pobre,
conmovedor qué será de mi barrio.
Las japonesas cuevas, escasas y profundas con la profundidad
de una noche pintada en una tabla,
y aquellas fuentes ciegas, y las acequias hondas por
las fragantes tardes paseadas.
Escribo todo esto con la melancolía de quien redacta un documento.
Como quien ve la ruina, la intemperie funesta contemplando
el raído interior del griego.
Digo cómo debían ser el ocio tan suave y el paso regio
y la ternura graciosa del paseo
cuando volvían a la casa despacio entre las aguas limpias de la fuente,
mirados por las criaturas extáticas del parque
cuando la noche no siempre comenzaba en la caída,
sino que también era la tiniebla lustrosa del inútil recodo
socovando el tedio de la cal, el horror de la pared como vacío
deslumbrante.
Aquel negrito, aquellos hipogrifos que gustaban magistralmente
de la lluvia
saboreando las gotas y el color gris como si el frío fuese de verde
parte de sus almas,
y el nombre de la quinta, que las filosas enredaderas trenzaban
con variadas flores de reluciente hierro,
los gobernados arroyuelos de piedra por donde navegaban
los bergantines dorados de las hojas
sin saber el tamaño menudo y deleitoso de su aventura ni
el agradable olvido de aquel sombrío puerto,
el jardín de la quinta donde termina la Calzada y comienza
el nacimiento silencioso del campo y de la noche,
raído por el sol lo miro, melancólicamente desolado como
el feo pensamiento de un idiota.
Digo estas cosas con la tristeza de quien a solas dice cuántos años
y deja caer la inútil mano sobre la frescura del mimbre
y en su comodidad encuentra algún consuelo.

LA RUINA

La casa que la luz fuerte derriba
me da un gusto de polvo en la garganta, me deslumbra
como un dolor su lenta decisión de morir, su fatigosa
decisión de morir, su pena inmensa.
Raída para siempre, qué trabajo
le cuesta desprenderse de sí, cómo no sabe
y equivoca sus daños y confía
pero de pronto vuelve
a conocer este salvaje desgarramiento final y se decide
con aparente calma, silenciosa y magnífica en su horror,
hecha de polvo.

MI ROSTRO

Como un extraño mi rostro se sorprende
cuando lo encuentro fugaz en los espejos,
sus labios tiemblan con angustioso dejo
como de infancia que cierta noche aprende

los harinados terrores del payaso.
Teme saberme tiniebla recubierto
de piel tan sólo, el instrumento incierto
donde mi nombre suena sordo. Acaso

si en el retablo lejano que desdoro
estas mis cejas nocturnas elocuentes
en las diversas especies del azoro,

el hondo surco, esta nariz sapiente
vieran al centro de mi pausado coro
quién el tambor del pecho doble hiriente.

NOSTALGIA DE POR LA TARDE

A Bella

El que tenía costumbre de poner las manos
sobre la mesa blanca junto al pan y el agua,
traje rugoso de fervor y alpaca,
y aquella su esperanza filial en los domingos,

ya no conmueve nunca el suave pensamiento de la fronda
con el doblado consejo de su paso.
Y el taciturno banco entre los álamos dormido
y aquel campito hirsuto a quien las lluvias respetaban.

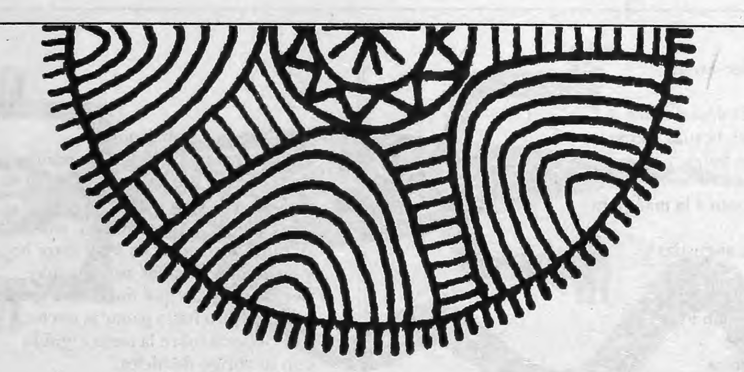
Qué tedio los sepulta como la muerte a los ojos
que no los cruza nunca la bendición de unas palomas,
que tengo que soñarlos, mi amiga, tan despacio
como quien sueña un grave color que nunca viera,
como quien sueña un sueño y eso es todo.

Porque quién vio jamás
pasar el viejecillo
de cándido sombrero bajo el puente
ni al orador sagrado en la colina.

Yo vi al lagarto de liviana sombra
distraerse de pronto entre su sangre,
quedar inmóvil, sí, tumbado,
pesando e incapaz de confundirse ya nunca con la tierra.

(El que tenía costumbre de cruzar las manos
sobre la mesa blanca para mejor mirarnos,
su mueca de morir cuándo la he visto,
su mueca parda.)

He visto al pez de indestructible púrpura,
en la mañana arde como criatura perpetua de la llama,
olvida los trabajos mugrientos de su sangre,
yace perfecto y la madera sagrada lo levanta.



Pero quién vio jamás
el ruedo misterioso de tu falda
mientras cortas las rosas en la tarde
ni el roce y la tristeza de la lluvia
como un ajeno llanto por mi cara.

Porque quién vio jamás las cosas que yo amo.

EL SITIO EN QUE TAN BIEN SE ESTÁ

1

El sitio donde gustamos las costumbres,
las distracciones y demoras de la suerte,
y el sabor breve por más que sea denso,
difícil de cruzarlo como fragancia de madera,
el nocturno café,
bueno para decir esto es la vida,
confúndanse la tarde y el gusto,
no pase nada, todo sea
lento y paladeable como espesa noche
si alguien pregunta díganle
aquí no pasa nada, no es más que la vida,
y usted tendrá la culpa como un lío de trapos
si luego nos dijeran qué se hizo la tarde,
qué secreto perdimos que ya no sabe,
que ya no sabe nada.

2

Y hablando de la suerte sean los espejos
por un ejemplo comprobación de los difuntos,
y hablando y trabajando
en las reparaciones imprescindibles del invierno,
sean los honorables como fardos de lino
y al más pesado trábelo
una florida cuerda y sea presidente,
que todo lo compone,
el hígado morado de mi abuelo y su entierro
que nunca hicimos como quiso porque llovía tanto.

3

Ella siempre
lo dijo: tápenme
bien los espejos,
que la muerte presume.

Mi abuela, siempre
lo dijo: guarden
el pan,
para que haya
con qué alumbrar la casa.

Mi abuela, que no tiene,
la pobre, casa
ya,
ni cara.

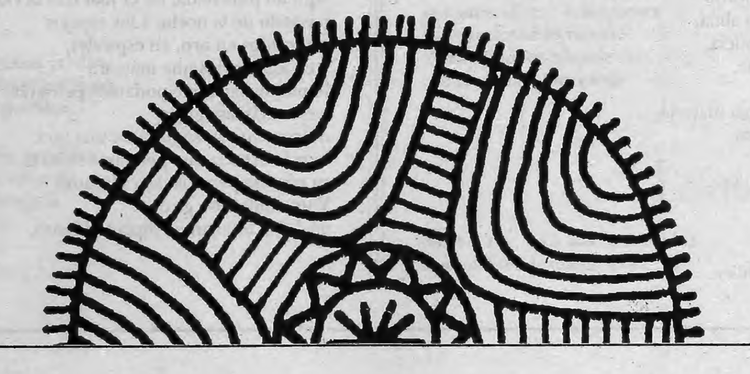
Mi abuela,
que
en paz
descanse.

4

Los domingos en paz me descansa
la finca de los fieles difuntos,
cuyo gesto tan propio,
el silencioso "pasen" dignísimo
me conmueve y extraña
como palabra de otra lengua.
En avenida los crepúsculos
para el que, cansado, sin prisa
se vuelve por su pecho adentro
hacia los días de dulces nombres,
jueves, viernes, domingo de antes.
No hay aquí más que las tardes
en orden bajo los graves álamos.
(Las mañanas, en otra parte,
las noches, puede que por la costa.)
Vengo de gala negra, saludo,
escojo, al azar, alguna,
vuelvo, despacio, crujiendo hojas
de mi año mejor, el noventa.
Y en paz descanso estas memorias,
que todo es una misma copa
y un solo sorbo la vida ésta.
Qué fiel tu cariño, recinto,
vaso dorado, buen amigo.

5

Un sorbo de café a la madrugada,
de café solo, casi amargo,
he aquí el resposo mayor, mi buen amigo,
la confortable arcilla donde bien estamos.
Alta de la noche de los flancos largos
y pelo de mojado algodón ceniciento,
en el estrecho patio reza



sus pobres cuentas de vidrio fervorosas,
en beneficio del tranquilo,
que todo lo soporta en buena calma y cruza
sobre su pecho las manos como bestias mansas.
¡Qué parecido!, ha dicho, vago búho,
su gran reloj de mesa,
y la comadre cruje sus leños junto a la mampara
si en soledad la dejan,
como anciana que duerme sus angustias
con el murmullo confortador del viento.
De nuevo la salmodia de la lluvia cayendo,
lentos pasos nocturnos, que se han ido,
lentos pasos del alba, que vuelve
para echarnos, despacio, su ceniza
en los ojos, su sueño,
y entonces sólo un sorbo de café nos amiga
en su dulzura con la tierra.

6

Y hablando del pasado y la penuria,
de lo que cuesta hoy una esperanza,
del interior y la penumbra,
de la Divina Comedia, Dante: mi seudónimo,
que fatigosamente compongo cuando llueve,
verso con verso y sombra con sombra
y el olor de las hojas mojadas: la pobreza,
y el raído jardín y las hormigas que mueren
cuando tocaban ya los muros del puerto,
el olor de la sombra
y del agua y la tierra
y el tedio y el papel de la Divina Comedia,
y hablando y trabajando
en estos alegatos de socavar miserias,
giro por giro hasta ganar la pompa,
contra el vacío, el oro y las volutas,
la elocuencia embistiendo los miedos,
contra la lluvia la República,
contra el paludismo quién sino la República
a favor de las viudas
y la Rural contra toda suerte de fantasmas:
no tenga miedo, señor, somos nosotros, duerma,
no tenga miedo de morirse,
contra la nada estará la República,
en tanto el café como la noche nos acoja,
con todo eso, señor, con todo eso,
trabajoso levanto a través de la lluvia,
con el terror y mi pobreza,
giro por giro hasta ganar la pompa,
la Divina Comedia, mi Comedia.

7

Tendrá que ver
cómo mi padre lo decía:
la República.

En el tranvía amarillo:
la República, era,
lleno el pecho, como
decir la suave,
amplia, sagrada
mujer que le dio hijos.

En el café morado:
la República, luego
de cierta pausa, como
quien pone su bastón
de granadillo, su alma,
su ofrendada justicia,
sobre la mesa fría.

Como si fuese una materia,
el alma, la camisa,
las dos manos,
una parte cualquiera
de su vida.

Yo, que no sé
decirlo: la República.

8

Y hablando y trabajando
en las reparaciones imprescindibles del recuerdo,
de la tristeza y la paloma
y el vals sobre las olas
y el color de la luna, mi bien amada,
tu misterioso color de luna entre hojas,
y las volutas doradas ascendiendo
por las consolas que nublan las penumbras,
giro por giro hasta ganar la noche,
y el General sobre la mesa erguido
con su abrigo de hieles,
siempre derecho, siempre:
¡si aquel invierno ya muerto cómo nos enfría!
pero tu delicada música,
oh mi señora de las cintas teñidas en la niebla,
vuelve si cantan los gorriones sombríos en las tapias,
a la hora del sueño y de la soledad, los constructores,
cuando me daban tanta pena los muertos
y bastaría que callen los sirvientes,
en los bajos oscuros, para que ruede
de mi mano la última esfera de vidrio
al suelo de madera sonando sordo
en la penumbra como deshabitado sueño.

9

Tenías el portal
ancho, franco, según se manda,
como una generosa
palabra: pasen–reposada.

Se te colmaba
la espaciosa frente, como
de buenos pensamientos,
de palomas.

Qué regazo el tuyo
de piedra, fresco, para
las hojas!

Qué corazón el tuyo,
qué abrigada púrpura,
silenciosa!

Deshabitada,
tu familia
dispersa, ciegas
tus vidrieras,
qué sola te quedaste,
mi madre, con tus huesos,
que tengo que soñarte, tan despacio,
por tu arrasada tierra.

10

Y hablando de los sueños
en este sitio donde gustamos lo nocturno
espeso y lento, lujoso de promesas,
el pardo confortable,
si me callase de repente,
bien miradas las heces,
los enlodados fondos y las márgenes,
las volutas del humo, su demorada filtración
giro por giro hasta llenar el aire,
aquí no pasa nada, no es más que la vida
pasando de la noche a los espejos
arreciados en oro, en espirales,
y en los espejos una máscara
lo más ornada que podamos pensarla,
y esta máscara gusta
dulcemente su sombra en una taza
lo más ornada que podamos soñarla,
su pastosa penuria, su esperanza.
Y un cuidadoso giro
azul que dibujamos soplando lento.



POR LOS EXTRAÑOS PUEBLOS

1958

POR LOS EXTRAÑOS PUEBLOS

1

Vamos a pasear por los extraños pueblos
ungidos con la sombra leve de los jazmines
y el olor de la noche como un recuerdo.

Despacio iremos entre los almacenes de su vida,
los de canosas tejas soñándonos el aire,
las meditadas nubes, las palomas oscuras y tranquilas.

Quién ha dicho la tarde viene de pronto como la tristeza
cuando colma el pecho del hombre como un antiguo himno
así la tarde crecía en sus iglesias.

Camino desolado, tú, el que cruza los umbrosos
y gigantescos árboles, aligera tu marcha, pues el campo
a esta hora trae sus miedos, sus criaturas de queja.

2

Sí nunca vieron el mar en este pueblo.

Nunca vieron el mar, aquí la noche
de flancos espinosos y fatales
y el aroma profundo de la seca.

Las mamparas ocultas, las moradas
miran a solas la penumbra vieja
y en la penumbra el jarro de florones mustios.

Y el humo acre silencioso llega
enredándose ágil por las vigas
del portal que sereno los acoge.

Más allá de las tablas y los plátanos,
al otro lado recio de la tierra,
está la noche desvelada y pura.

Y es el humo de casa lo que vieron.

3

Más lejanos a veces que los augustos árboles
frescos de la penumbra que reúnen las aguas
en sus parques ocultos, son los pueblos.

De los sedientos muros militares, erguidos
a la orilla misteriosa del campo, trémulo
de sequedad antigua y verde marejada.

Qué inquietud daba siempre
la silenciosa playa de intemperie
donde termina, qué despacio, el pueblo solo!
Ceiba distante, barco, deshabitada, libre,
a quien rozan las nubes con difícil espuma,
te despojas del tiempo como de un traje usado.

En tanto escuchamos las profecías de las aguas
dichas por viejas españolas mágicas
y recelamos de la noche, de su purpúrea giba y oleaje.

Vamos a pasear por los extraños pueblos.

LAS VACAS

Extranjeras las vacas, soñando
con sus fábulas tontas, enormes
y calladas y justas.

Ni las auras, ni el aire, ni el tiempo,
ni la sed de la tierra, ni el sol,
han tocado sus frentes espesas.

Por debajo de todo, soñando
con sus fábulas, tercas,
inocentes y justas, las vacas,

escogidas de pronto, reflejan
el inmenso candor de la tarde.

EL DOMINGO

Y pasa el Domingo, y pasa
con su fiesta inacabable,
con su leve olor amable
a fuego limpio en la casa.
El lunes todo lo arrasa
como un as que de repente
nos mata el rey. Tristemente
la vasta noche lo esconde.
¡Si supiéramos adonde
cae su corona inocente!

LA BARAJA

Salta el rey, y los bastos cerrados
lo acometen brutales. Los oros



van huyendo en la vasta llanura.
Y ha caído la sota funesta

junto al buen caballero. La parda
extensión se ilumina, destella

con el rojo de infancia, y el verde
memorable y veraz, y los hondos,
los soñados azules de infierno.

La batalla creciente deslumbra
en espadas, penachos, banderas
crepitantes o justas. Y vuelven,

y regresan los bastos, las copas
taciturnas, los oros veloces,

y derriban al rey. Han caído
con el rey el silencio y el polvo
en la mansa extensión de madera.

La memoria

Y luego lentamente
las horas declinaban
entre los cuadros, fuente
de la tristeza, y daban

las seis en el enorme
reloj de grave pecho.
Entonces la deforme
sombra fresca del techo

al encuentro salía
de la noche, que lenta
por el patio venía,
la cauta cenicienta,

y en las húmedas costas
descoloridas, gruesas
las cómodas y angostas
las altas sillas tiesas,

vigilaban las aguas
quietas del siglo. Era
la hora de las yaguas
que caen, la postrera.

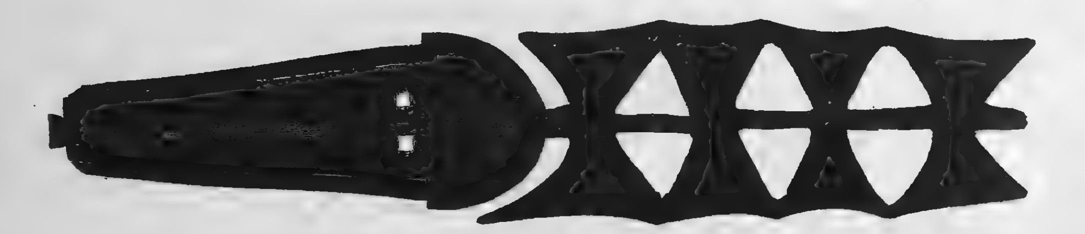
Y al interior extraño
de la casa volvían,
con aliento y tamaño,
las criaturas sombrías,

los astros y animales
todos del mundo. Y ciegos
callaban los cristales,
la memoria del fuego.

La enredadera

Esa fragancia tan pura
que llena toda la sombra
de la sala, que nos nombra
con un dejo de amargura,
—como recuerdo que apura
el desdén: esa fragancia
que viene de una distancia
inmemorial a la sala,
será tu aliento, picuala,
será la luz de la infancia.





EL OSCURO ESPLENDOR

1966

EL OSCURO ESPLENDOR

Juega el niño con unas pocas piedras inocentes
en el cantero gastado y roto
como paño de vieja.

Yo pregunto:
qué irremediable catástrofe separa
sus manos de mi frente de arena,
su boca de mis ojos impasibles.

Y suplico
al menudo señor que sabe conmover
la tranquila tristeza de las flores, la sagrada
costumbre de los árboles dormidos.

Sin quererlo
el niño distraídamente solitario empuja
la domada furia de las cosas, olvidando
el oscuro esplendor que me ciega y él desdeña.

FRAGMENTO

Pero si un niño vence al animal sombrío
de la tarde, al siniestro señor de los rincones,
con un viejo pedazo de madera, descubres
que la luz nos amaba, y que asintiendo
sabiamente los árboles, llenos de antiguo polvo,
nos ofrecen la sombra, sí, la última penumbra,
como quien da un consuelo, una esperanza.

(Porque
si el mar de invierno toca la orilla de la playa
como quien dice adiós a lo perdido, lejos

la gaviota inmóvil contra el tiempo deslumbra
como un advenimiento: la sal, la sal tremenda
es la mansión del ángel.)

Y si un sueño transforma
las grietas del muro en los sagrados ríos

de donde no se vuelve, una pelota salta
en el sol como el mundo, y es un dios más real
que la salud quien sueña los prodigios, los juegos.

EN UN ROCE INOCENTE DE LA LUZ

Algún raído rincón de un jardincillo
frente al portal romano, en el suburbio,
con ortigas silvestres y vicarias

de modesto pasar, y los canteros
rotos a ras de ruinas, y ese olor
que dan las muchas hojas viejas, y es

como un acendramiento de la sombra
o de un recuerdo quizás: así,
fuera del tiempo y sin embargo

cercado de añoranzas, el paraíso
de mi caducidad alude al Tuyo
en un roce inocente de la luz.

TODAS LAS TARDES

Todas las tardes —las benditas,
las ilusorias tardes—
mi padre compra «Avance». Testamentos
de cenizas, minucias
de la caducidad.

En el crepúsculo
crujen las grandes hojas tontas
que sólo mi padre maneja
con esa desolada sagacidad.

La sombra
se está estirando como un gato
a sus pies. Luego salta
y con su mustio lomo roza
la mala suerte del país.

A oscuras
se va quedando todo, y hasta callan
allá en el fondo los cubiertos
voraces de conversación.

Y sólo
arde el espacio cándido, la página
en que mi padre, a solas, viene a ser
el sacro corazón de lo fugaz.

EL NIÑO EN SU CUARTO

Tienes miedo esta noche: los ladrones
están afuera entre las hojas
mirando la ventana.

¡El oro
del cristal en la sombra!

Y los ladrones
a través de las hojas
numerosas y eternas, en lo húmedo
y oculto
—al otro lado.

LA PAUSA ANTE LA PUERTA

Para verte mejor, hija mía

Cómo fue
la caperuza entre las ramas,
cada vez
más distante

(y ahora
ya sólo un soplo).

Y cómo fue
la inquietud de la araña
recién huida
(por el marco
hecho de rostros).

Y,
junto a la muda puerta,
la paz universal del bosque.

NUNCA LE VE LA CARA

Dice la vieja: está la muerte
muy cerca, y nunca
le veo la cara.

Dice la vieja: charla
y charla, y me recuerda
un tul, una canción

lejana.
Pero nunca,
dice la vieja, nunca
le veo la cara.

Me recuerda
un tul, una canción lejana.

EN MEMORIA

Fue capitán de navío y el carbón
de las altas chimeneas y la sal
y la profunda libertad del mar
conocieron su rostro.

Yo lo he visto
pasando sus días entre cosas de costumbre
sacra y espesa.

Lo recuerdo
inclinado hacia el clamor de la boca
incesante del puerto, sosteniendo
con sus manos de ámbar esa colcha de colores
que hacen las viejas con la tarde
y el esplendor hiriente de su tedio.

EN ESTA SOLA, EN ESTA ÚNICA TARDE

El león ha comido,
el tigre ha comido,
el elefante inmenso
como la paz ha comido.
El camello
ha bebido, la cebra
se ha dormido, y el mono
viejo tiene su sitio
en el asombro.

Mira,
pero el perro que vino
alentando su azoro,
no ha tenido
sitio en el hambre, sitio
en el sueño, sitio
en el asombro.

Y es
la criatura que amamos,
escogemos, nombramos,
en esta sola,
en esta única tarde, oh hijo mío.

NO ES MÁS

Por selva oscura

Un poema no es más
que una conversación en la penumbra
del horno viejo, cuando ya
todos se han ido, y cruje
afuera el hondo bosque; un poema

no es más que unas palabras
que uno ha querido, y cambian
de sitio con el tiempo, y ya
no son más que una mancha, una
esperanza indecible;

un poema no es más
que la felicidad, que una conversación
en la penumbra, que todo
cuanto se ha ido, y ya
es silencio.

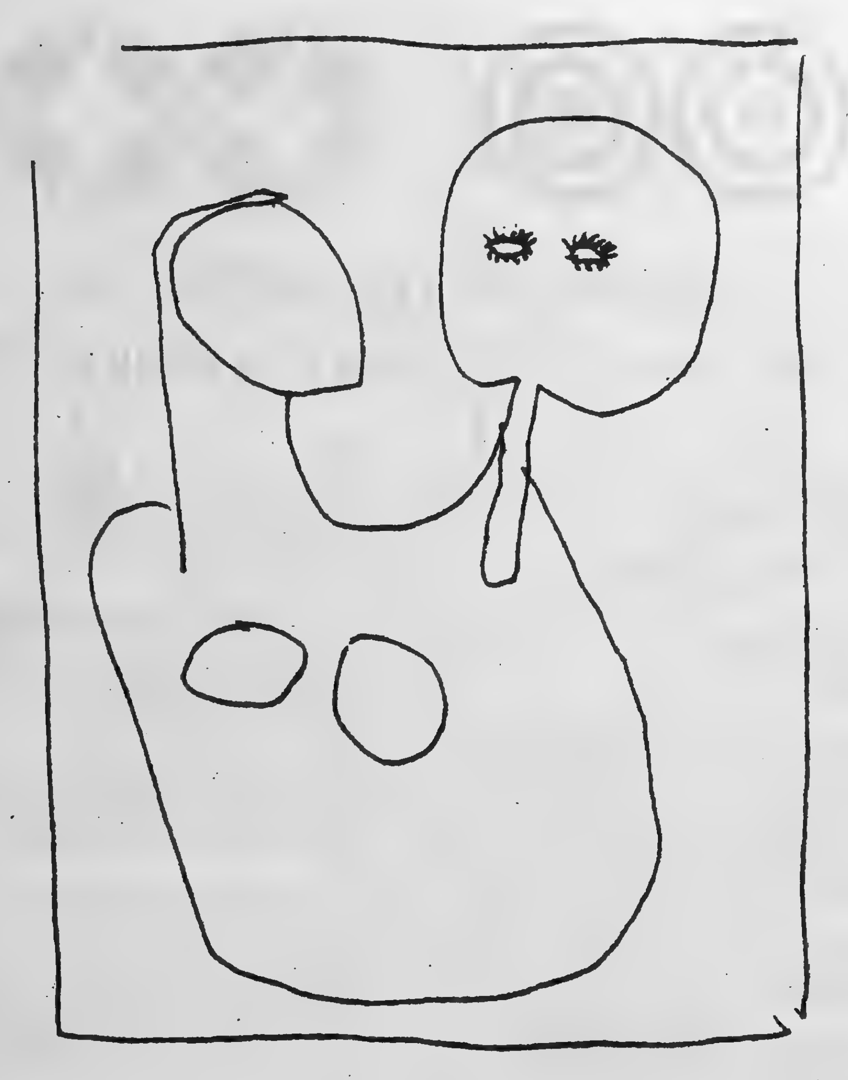
EL PAYASO

Por
la gran carpa
cruza
el payaso pequeño
de nariz conmovida,
miserable.
Por
el espacio
libre,
inocente,
cruza
el payaso de tumbos
felices,
idas
que hacen daño.
A la sombra
de la gran carpa cruza
el consuelo,
la dicha,
el triste,
absorto
ángel ardiente de la infancia.

Y CUANDO, EN FIN, TODO ESTÁ DICHO

Y cuando, en fin, todo está dicho,
puesto el sombrero, al hombro el saco,
viene el adiós.

Pero vagando
los ojos van a la cornisa
donde está el polvo del instante: así,
como al desgano,



—puesto el sombrero, al hombro todo—,
qué inmóviles quedamos, sí, qué blancos
mientras se oculta el tiempo en el adiós.

TESOROS

Un laúd, un bastón,
unas monedas,
una ánfora, un abrigo,
una espada, un baúl,
unas hebillas,
un caracol, un lienzo,
una pelota

LA ANCIANA EN LA ESCALERA

Por el pozo desierto, gris y grave,
con qué trabajo colmas la escalera
de tablas balbucientes, podridas con el daño
inmemorial de los suburbios. Traes
contra tu corazón la bolsa gorda, y tocas

y ya no puedes más. Es una puerta
donde dibuja el tiempo una región vacía
que rehuye la luz. Y te abre un niño
que rápido te abraza, que se estrecha
callado contra tí, como quisiéramos
tocar a la esperanza. Entonces brinca
el muñeco anhelante, atravesando
el vaho de las comidas, y amanece
junto al abismo el sol terrible
que llamas la felicidad.

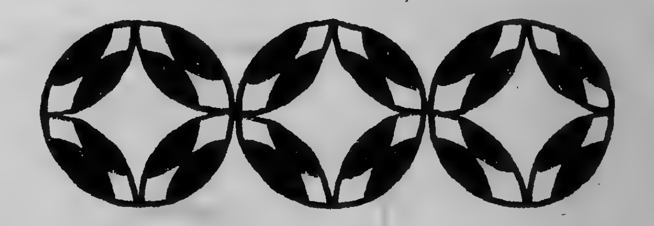
ORACIÓN PARA TODA LA FAMILIA

Roguemos esta noche por un niño
de quien no queda más
que una oveja de arcilla sin consuelo
entre las vastas ruinas.

Por los pobres, absortos de terror,
que probaron la sal
y la frialdad del fin entre las olas
junto al cabo Chimero, en la batalla.

Roguemos esta noche por la dueña
de un cántaro tan útil
solo desde mil años
entre la selva enorme, sin amparo.

Ya que no queda más
que un juguete de arcilla, una palabra
de vaga lumbre, alguna cosa
más útil que la dicha, ¡oh posesiones!

MUESTRARIO DEL MUNDO O LIBRO DE LAS MARAVILLAS DE BOLOÑA

1968

LAS CUATRO ESTACIONES DEL AÑO

I. NO ES UNA DELICADA PRIMAVERA

No es una delicada primavera
quien bulle en el jardín haciendo flores,
negra de arcilla y manchas de colores
y de toda sustancia verdadera.

No es una frágil niña pinturera
quien le prende a la tierra mil amores
y con la nada borda los primores
en que se mira la creación austera.

Es la joven perfecta, fuerte y pura
que eternamente vamos persiguiendo
por las inmemoriales lejanías.

Madre de toda luz, dulce ventura
de los que eternamente amaneciendo
vienen por los abismos de los días.

II. ESTA ES LA PLENITUD, EL TIEMPO ENTERO

Esta es la plenitud, el tiempo entero,
el sellado esplendor del mediodía.
En ráfagas de luz el sol envía
el oro eterno al aire pasajero.

Bien dibujado el árbol, bien ligero
el trazo de las hojas en el día.
Más honda en cambio y más y más umbría
la huella del trabajo en el sendero.

Las coléricas nubes qué serenas
entre sus precipicios transparentes
y todo tan en calma, tan a gusto.

Pues la memoria es un rumor apenas
que roza con sus alas inocentes
la paz inmensa en el silencio justo.

III. POR EL OTOÑO ADENTRO EL HUMO VUELA

Por el otoño adentro del humo vuela
llevándose el aroma del verano.
Quedan los frutos de su amor lejano
en una luz que la nostalgia vela.

Húyese el tiempo y al dejarnos hiela
su no estar tan extraño, tan humano.
Se nos cae la penumbra de la mano,
gruñe el silencio como un perro en vela.
Y la joven de octubre va y se esfuma
por entre los resquicios del empeño
que quisiera salvarla con sus rosas.
Todo el campo se oculta en esta bruma
que no sabemos si es memoria o sueño
y no hay sino el perfume de las cosas.

IV. VIENEN NOTICIAS DEL ATROZ INVIERNO

Vienen noticias del atroz invierno,
las traen veloces hojas amarillas,
dicen que pasa el frío las orillas
de la piedad, soplando del averno.

Que el norte salta de la luna el cuerno,
que los navíos crujen en astillas
y que las desoladas maravillas
no tienen fin, o puede que uno eterno.

Este es el tiempo de no hacer derroche
y avivar la memoria de la hoguera
viendo que todo va color de muerto.

Pues el invierno es amo de la noche
y la tiniebla arrecia y ya no espera,
si es preciso soñar, soñar despierto.

SIGNOS DEL ZODIACO

I. ACUARIO

Las aguas, lo primero.
Y el paraguas
para el son de las aguas,
agorero.

II. PISCIS

De las aguas, los peces.
El abismo
es ahora dos veces
uno mismo.

III. ARIES

Del abismo el impulso a la figura
del vellón increíble y la inocencia
y el feliz poderío y la paciencia
del cordero que al tiempo se aventura.
De árbol en árbol o de vida en ciencia
la tiniebla se aviene a ser criatura
en mágicos rejuegos de obediencia.



IV. TAURO

El toro de la noche, ¿no es de fuego,
no embise al tiempo con sus cuernos de oro?
Mas la tiniebla hierve en cada poro.
De la sombra a la luz: tal es el juego.

Al furor de la tierra sigue luego
la paz del pasto en el celeste coro.
Allí es feliz al fin el ígneo toro.
Después vuelta al terror: embiste ciego.

En tanta prodigiosa arquitectura,
¿cuál es la bestia y cuál es su figura,
quién las distingue en plena arremetida?

Ábranse pues las puertas del encierro,
comience el sacrificio, corte el hierro,
a ver si es que la muerte es ya la vida.

V. GÉMINIS

Un aroma, un recuerdo que leve se insinúa
como un destello apenas de la remota luna,

¿no ensombrece las horas cuando las ilumina,
no viene de la noche si del alba venía?

Y la luz tan intensa del furioso verano,
cuando agosta la cal de nuestros muros blancos,

¿no es tiniebla también? Como también la sombra
es la luz que temblando se oculta en la memoria.

Pues así los gemelos del aire, indiferentes,
eternamente iguales y qué distintos siempre.

Orea sus cabellos la brisa del abismo
cuando pasan secretos con sus ojos vacíos,

uno vuelto hacia el sueño, más el otro al olvido.

VI. CÁNCER

Infinitos cangrejos dan
infinitamente en la playa.
La fina luz del farol raya
en las tinieblas el afán
de las criaturas que se van
infinitamente a la playa.

Un carapacho descortés
con los ojos desorbitados
entre furiosos y espantados
mira la llama de través
y reanimándose después
huye a la sombra desalado.

Lejos solloza ronco el mar,
es muy pequeño el resplandor,
y nos da un poco de pavor
en la espesura del manglar
el incesante repasar
de las tinieblas en hervor.

Lejos solloza ronco el mar.

VII. LEO

Por las mágicas puertas del naciente
huyéronse la sombra y el cuidado.
Comienza ya el festejo deseado
en los claros carbunclos del relente.

Un huracán de oro transparente
cruza el aire tranquilo, ilimitado.
Tronos de blanco fuego alucinado,
victorias, triunfos de la luz viviente.

Todo está en llamas el vetusto río
y en chispas dejarán *cuándo* y *dónde*
las páginas en ascuas del cuaderno.

Pues ya sube a los montes del estío
la noble bestia cuya entraña esconde
el horno vivo del hacer eterno.

VIII. VIRGO

Muchacha exraña, lejana,
la que cuida de las rosas,
tú que vas entre las cosas
como luz de la mañana;
tan familiar y cercana

y a la vez tan desasida,
entre cirpreses perdida
como en graves pensamientos:
tú iluminas los momentos
en que es más honda la vida.

IX. LIBRA

En la penumbra cerrada
donde está el año dormido,
siempre fiel a lo perdido,
ni anhelante ni angustiada,

vi la balanza soñada
llena de polvo y olvido.
Ya mida el tiempo caído,
ya la luz imaginada,

junto a los trastes inertes
del viejo desván sombrío
que a ratos la nada hiela,

sola entre las varias muertes
con el mismo exacto frío
la vieja balanza vela.

X. ESCORPIO

Por el sol de las ruinas
cruza tu sombra.
Donde estaban los reyes
tú solo ahora.

Los ruidos de los niños
en sus retozos,
los pasos de la guardia,
su seco aplomo,

los radiantes repiques
de bailarinas,
¡cómo fueron callándose,
cómo terminan!

Por el sol del calvero
confiadamente
pasa muda y liviana
tu negra nieve.

XI. SAGITARIO

Dónde comienza el hombre,
dímelo,
dónde termina,
con la sombra debajo,
la sombra encima.

Y hacia dónde va el hombre,
dímelo,
flecha tendida
por el claro de luna
que la ilumina.

Por el claro de luna
de nuestra vida,
de una sombra a la otra
¡con tanta prisa!

XII. CAPRICORNIO

Cuídese de andar tan alta,
la cabra,
que el hondo llama.

Si desde un pico de nieve
mira la cabra hacia el valle,
todo lo ve más pequeño
cuanto ella se ve más grande.

Cuídese de la montaña,
la cabra,
que a poco hay nada.

Tan diminuta es la iglesia
que en la pupila le cabe,
y el mar un pozo redondo
para refrescarse el hambre.

Cuídese de andar tan alta,
la cabra,
que es mucha el agua.

LAS HERRAMIENTAS TODAS DEL HOMBRE

Éstas son todas las herramientas de este mundo.
Las herramientas todas que el hombre hizo
para afianzarse bien en este mundo.

Éstas son las navajas de
filo exacto con que se
afeita el tiempo.

Y éstas tijeras para cortar los
paños, para cortar los hipogrifos y las
flores y cortar las máscaras y todas las tramas y, en
fin para cortar la vida misma del hombre, que es
un hilo.

Éstas son las sierras y
serruchos —también
cuchillos, sin duda,
pero imaginados
de tal modo que los
propios defectos del borde sirvan al propósito.

Y ésta es una cuchara que alude a los principios y a
las postrimerías y en resumen
al incalificable desvalimiento del hombre.

Éste es un fuelle para atizar el fuego
que sirve para animar al hierro
que sirve para hacer el hacha
con que se riega la generosa testa del hombre.

Éste es un compás que mide la belleza justa
para que no rebose y quiebre y le deshaga
el humilde corazón al hombre.

Y ésta es una paleta de albañil con que
se allegan los materiales necesarios
para que sea feliz y se resguarde de todo daño.

Éstas son unas pesas, llaves, cortaplumas
y anteojos
(si es que lo son, que
no se sabe)
que en realidad no sirven para nada sino para
establecer
de una vez para siempre la sólida posición
del hombre.

Éstas son unas gafas que se han de usar para mirar
si se ha hecho ya lo imaginable,
lo previsible, simple e imposible
para tratar de asegurar las herramientas
todas del hombre.

Y éste, en fin, es el mortero al que fiamos el menjurje
con que uniremos los pedazos, trizas, minucias y despojos
si es que a las últimas y a tiempo,
si es que a las tontas y a las locas,
si es que a ciegas y al fin
no aprendemos a usar, amansar, dulcificar y manejar
las herramientas todas del hombre.



RIESGOS DEL EQUILIBRISTA

Allá va el equilibrista, imaginando
las venturas y prodigios del aire.
No es como nosotros, el equilibrista,
sino que más bien su naturalidad comienza
donde termina la naturalidad del aire:
allí es donde su imaginación inaugura los festejos
del otro espacio en que se vive el milagro
y cada movimiento está lleno de sentido y belleza.

Si bien lo miramos qué hace el equilibrista
si no caminar lo mismo que nosotros
por un trillo que es el suyo propio:
qué importa que ese sendero esté volado
sobre un imperioso abismo si ese abismo
arde con los diminutos amarillos y violetas,
azules y rojos y sepias y morados
de los sombrerillos y las gorras y los venturosos
pañuelos de encaje.

Lo que verdaderamente importa
es que cada paso del ensimismado equilibrista
puede muy bien ser el último de modo
que son la medida y el ritmo los que guían
esos pasos.

La voluntad también de aventurarse
por lo que no es ya sino un hilo de vida
sin más esperanza de permanencia
que el ir y venir de ayer a luego,
es sin duda otra distinción apreciable.

Sin contar que todo lo hace por una gloria tan efímera
que la misma indiferencia del aire
es por contraste más estable, y que no gana
para vivir de los sustos y quebrantos. El equilibrio
ha de ser a no dudarlo recompensa
tal que no la imaginamos.

¡ADELANTE!,

decimos al equilibrista, retirándonos
al respaldo suficiente de la silla
y la misericordiosa tierra: nosotros
pagamos a tiempo las entradas y de aquí no nos
vamos.

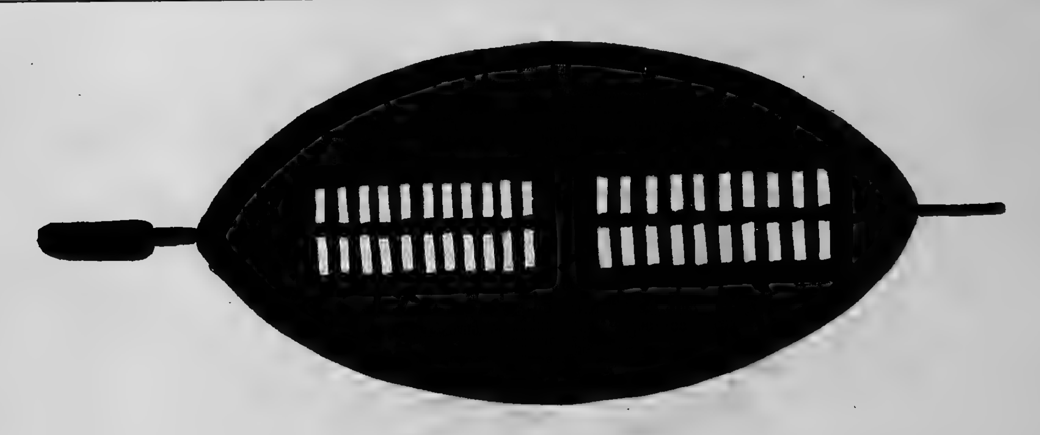
OTRA VEZ EL EQUILIBRISTA

Por un filo te vas
en el vacío
tan contento de ser
a sueño puro
equilibrio y verdad
y maravilla.

Quien te ha visto y te ve
desde tan lejos
por los aires venir
ensimismado
y al silencio después
irte liviano;

de la sombra a la luz
y tan sereno
a la sombra otra vez
como si nada
nos dejases por fin
para consuelo;

quien te ha visto ya vio
toda la magia
del estar y no estar
a la ventura
y el prodigio feliz
de la memoria.



VERSIONES

1970

VERSIONES

La muerte es esa pequeña jarra, con flores pintadas a mano, que hay en todas las casas y que uno jamás se detiene a ver.

La muerte es ese pequeño animal que ha cruzado en el patio, y del que nos consuela la ilusión, sentida como un soplo, de que es sólo el gato de la casa, el gato de costumbre, el gato que ha cruzado y al que ya no volveremos a ver.

La muerte es ese amigo que aparece en las fotografías de la familia, discretamente a un lado, y al que nadie acertó nunca a reconocer.

La muerte, en fin, es esa mancha en el muro que una tarde hemos mirado, sin saberlo, con un poco de terror.

CON UN GESTO

El gato mira con sus ojos de oro, pero no dice nada.

El perro, en cambio aúlla incansable.

La muerte acaricia al gato y le concede siete dones.

Al perro lo enloquece con un gesto.

LAS GUITARRAS

Los músicos halagan sus cariñosas guitarras. La muerte, de antiguo dril, escucha inmóvil.

Los músicos elogian al sol y enumeran con delicia las dulzuras más importantes.

La muerte, de antiguo dril, escucha inmóvil.

Lentos los músicos acallan sus cariñosas guitarras.

La muerte vira la cara.

HIJO MÍO"

Al tercer día compareció un hombre
II SAMUEL

"Hijo mío Saúl", dice la muerte, "hijo mío Saúl". Y alisa la angustia de la frente y pacifica los miembros bestiales.

El rey echa su rostro contra la sed del polvo.

"Hijo mío Saúl", dice la muerte. Levantándose, su clamor brutal espanta la quietud de los perros.

Mas al llegar las berreantes armas, se apresura ya la muerte en la cañada, y corre, en figura de extraño, a despertar la cólera y la nostalgia de David.

"Hijo mío, Saúl", dice la muerte.

EN FIGURA DEL POBRE

Viene la muerte, en figura de pobre, y pide una caridad por Dios.

Se le da la caridad, y la muerte escupe la moneda y se pone a maldecir.

Larga, infinitamente, la muerte se pone a maldecir.

BUFÓN

"Córteme usted esta barba, señor barbero", dice la muerte, "córteme usted esta barba".

"Córteme usted este pelo", dice la muerte, "córteme usted este pelo".

"Péineme usted como nunca, señor", dice la muerte, "péineme usted como nunca".

Y con grosera reciedumbre la muerte rompe a reír.

LA CASA DEL PAN

"Entra en la nave blanca: mira la mesa donde está la harina —la harina blanca.

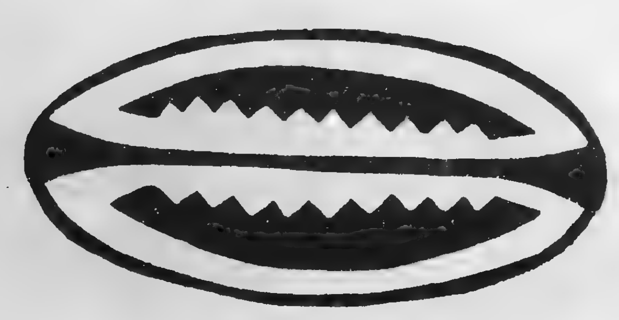
"Fuera del pueblo, apenas tuerce el camino a la intemperie, allí está la casa del pan —la nave blanca.

"Donde un negro de sonrisa vaga saca del horno las palas con el pan crujiente. Saca del horno inmenso, quieto, las palas con el pan crujiente.

"¿Desde cuándo estás tu aquí —se le pregunta—, desde cuándo estás entre la harina?

"Responde con veloces zumbas: desde las ceremonias y las máscaras, desde el velamen y las fugas, desde las candelillas y las máquinas, desde los circos y las flautas.

"Desde que se encendió el fuego en el horno."



LOS DÍAS DE TU VIDA

1977

LA NIÑA EN EL BOSQUE

Caperuza del alma, está en lo oscuro
el lobo, donde nunca
sospecharías,
y te mira
desde su roca de miseria,
su soledad, su enorme hambruna.

Tú le preguntas: ¿por qué tienes
esos ojos redondos?
Y él responde,
ciego, para mirarte
mejor, llorando.
Y en seguida

tú vuelves: las orejas,
¿por qué tan grandes?
Y él,
para escucharte, oh música
del mundo, sólo
para escucharte.
Y luego

lo demás es la sombra –indescifrable.

A LA VIEJA LUNA

Hueco de todo, desolado
revés del día,
sigues
por fin iluminando
las viejas ruinas;
sigues

estando donde ya se han ido
los que amamos
–tú sola siempre
donde ya se han ido.

JUEGOS

–¡Ahora nosotros somos buenos
y ustedes malos!

Y los niños,
desde la cima blanca
de la mañana,

todos,
buenos y malos,

se hunden en el fuego
purísimo

–ya espléndidos
–gritando.

LA CASA ABANDONADA

Hacia el final de la escalera
te has dado vuelta: en el vacío de abajo
el viento solitario hace
las veces del trajín, y la penumbra
está sucia de olvido. Pero arriba,
en el piso de arriba, el cúmulo
de inútil sueño aguarda. ¿Vas
a entrar en él, a sumergirte? Con la mano
puesta en el balaústre, acariciándolo
te quedas. Poco a poco,
no vas así a bajar la vista: escucha el torvo
zumbido de la mosca que se afana
contra el ciego cristal: hay alguien
en el primer peldaño. Espera.
Mira:
tú estás en el primer peldaño. Lívido
te estás mirando a ti con toda el alma
como si fuese para siempre.
Y ya
no estás arriba, ni
tampoco abajo.
Zumba
sola por fin la torva prisionera.

ARQUEOLOGÍA

Dirán entonces: aquí estuvo
la sala, y más allá,
donde encontramos los fragmentos
de levísimo barro, el sitio
del calor y la dicha.
Luego

vendrá una pausa, mientras
el viento alisa los hierbajos
inconsolables; pero
ni un soplo habrá que los evoque
la risa, el buenas tardes,
el adiós.

CAÍDA

¡Con qué incesante avidez
caes de uno en otro
segundo en el café
donde la vida
se abroquela en manteles

y delicias
y todo está
por fin a salvo

de todo en todo si no fuese
tu incesante caer
de uno en otro
extraño observador
que aterrado
se mira ir
de sí en sí mismo

por el café hacia adentro
entre manteles
botellas y
delicias, raudo,
de sí en sí mismo,
sí,
precipitándose al olvido!

INVENTOS

Tú viste los primeros coches
andando solos: tus amigas
entraron en tropel, quebrando
la sombra con sus gritos: ¡hay
un coche mágico en la nieve
que anda sin nada! Y el convento
se estremeció hasta la capilla
como un violín: ya no eres niña
sino que ahora –una muchacha–
ves la primer cosa que vuela
serenamente: la ciudad
tiembla debajo como el parche
de un tamborcillo. No eres más
ya una muchacha, pero sientes
hablar al aire, y en seguida
–pero ahora está la dura tierra
debajo de tu piel –crujiendo
la mariposa de otro tiempo
viene a posarse tontamente
detrás del vidrio: el coche vuelve,
gritan sin voz niñas de humo,
tú no lo crees
–tú lo sueñas

MUJER COSIENDO

Afuera está el escándalo
del sol,
y la garganta
de la cal desollada que responde
bramando de terror:

la zarabanda
maniaca de la luz
–la quema grande.

Y adentro, fresca, la penumbra
como un baño de paz
–agua del bosque
de la eterna delicia–
la penumbra

en que tu aguja salta
–leve
pececillo de lumbre–
y a la tela
vuelve otra vez
–iluminándonos.

EN LO ALTO

Un pájaro en lo alto,
en lo más fino
del árbol alto,
un tomeguín
nervioso, breve, tan liviano

como un soplo de luz,
está cantando
su propia levedad,
la maravilla
de su increíble ser

–su pura vida
minúscula, perfecta, iluminada.

IMAGINEMOS UN TIEMPO

Imaginemos un tiempo en que me haya alejado tanto
que los hijos de mis hijos y sus hijos
y los hijos de éstos a su vez
no vean en mí sino un extraño,
peor aún, en que no sea
ni siquiera un nombre, sino alguien
como ese vecino que vive a dos adustas puertas
y a quien jamás encontraremos en ninguna parte,
a no ser como el incierto esbozo de una espalda. Sí,
alguien tan lejano, tan inerme
como ese pobre curioso que se asomó a la verja
la tarde –o quizás la noche– en que las esclavas
iniciaron las lamentaciones por la muerte del pobre Séneca
mientras aullaba el perro de la cuadra.

No sabemos cómo será el sol entonces
pero sin duda
que ha de lucirles tan natural, tan sol como el de ahora,
y que aunque será más cálido
puesto que al fin de cuentas el nuestro se habrá ocultado
definitivamente entre las húmedas páginas
de algún vago texto de historia. Y entonces
ese desconocido mío que imagino
tan lejos se llevará mi mano a su frente
tal como lo hago yo ahora, consolándole
no sabemos a quién qué oscuro pensamiento.

RETRATO DE UNA JOVEN, ANTINOE, SIGLO II

Inquieta, inmóvil, suave, suplicante,
tú nos estás mirando en tus ojos rasgados.
Tú eres su asombro, su color, su forma de almendra,
tú nos estás mirando en tus ojos rasgados.
¿Qué viste, di, sin verlo, no más hace un segundo,
entre el ir y venir de tu madre y la esclava?
¿Qué viste, sin saberlo, justo antes
de mirar al pintor y a través de sus ojos
mirar desde la tabla? ¡Un resquicio
tan pequeño del tiempo, apenas
el ansia de un moscardón o el grito de un pájaro,
y ya
la fuente se ha secado! El patio todo
se arrugó como una flor, voló en minucias,
y tú no te das cuenta, mira y mira, muchacha
suplicante. Ya es inútil volver, ya no te esperan,
se acabó el circo, la ciudad, fría la cena,
ya es inútil volver: te atrapó el Arte.



CRISTÓBAL COLÓN INVENTA EL NUEVO MUNDO

1

Toda la noche, toda,
Cristóbal Colón oye pasar los pájaros.
Viniendo del abismo, sin fin, a ráfagas,
miles y miles de pájaros. Sobre los mástiles,
atravesando, acribillando las tinieblas, allá,
el ruido de las alas de los pájaros.
Viniendo del vacío, del abismo,
el ruido, el trueno de la vida siendo,
la orquesta entera de los pájaros.
Pálido como la llama del farol, inmóvil,
Cristóbal Colón oye tronar la vida,
pasar los pájaros.

2

Cristóbal Colón ha visto una luz donde no hay nada.
(El Almirante, no el advenedizo de Triana.)
Esa luz arde en algún sitio seco.
Tan seco, sin duda, como el sitio en que se posó la paloma.
Es luz de algún fuego encendido por la mano de un hombre.
Porque el fuego qué es sino la inteligencia del hombre.
Cristóbal Colón lo buscó toda su vida, esto es lo cierto.
Toda su vida de pobreza, toda su vida.
Fuego de cocinar pescado, puede que fuego de abrigo.
Fuego para la más modesta de las ceremonias.
De tan pequeño que es, no puede ser otra cosa, cómo va a serlo.
Porque Cristóbal Colón lo buscó toda su vida, toda.
Por eso ahora solloza solo en la cubierta
mientras el último de los pájaros se hunde vibrando
en la memoria.
Sí, el último de los pájaros
—uno con la primera
luz del alba.

3

Cristóbal Colón abre su grueso diario.
Toma su pluma de ganso y la sopesa entre los dedos:
sangre, vida de bestia hecha coas para el servicio del hombre.
Moja la punta en el tintero de cuerno, el Almirante, y mira
la blancura terrible de la página. Sabe
que está esperándolo desde el principio de todo. Virgen,
está esperándolo desde que se asentaron las rocas y se fijó
un límite al capricho de las olas.
Cristóbal Colón siente el vértigo con que lo llama el abismo
de la página,
pero, prudente, se resiste y sólo con la punta de los dedos
toca el blanco mágico.
Escribir la primera palabra será como empezar a no ser, como
engendrar o como morir, los dos extremos
que son una y la misma embriaguez, pavorosos principios,
triunfos, catástrofes, glorias.
Toda la inacabable riqueza de la urdimbre–oro de Aldebarán,
plata de Géminis, arquetipos del ciervo y el león,
del ébano y del ónix,
toda la inagotable riqueza está urgiéndolo, soplándole.
Cimbrado como una caña,
vibrante de terror y de júbilo, por fin Cristóbal Colón hunde
su pluma en la página.
Comienza entonces la invención de América.

LA TRAPECISTA

Vuelve, se va, salta volando
la transparencia que no es;
levísima,
blanquísima, querida,
copito no de nieve, de vivir;

vuelve se va, toca la orilla
de ya no más; blanquísima,
levísima, minúscula
gracia de porque sí;
no se nos vaya,
no,

a caer!

EMILIO SALGARI ESTÁ ESCRIBIENDO SUS MEMORIAS

Cuando a acabarse se tendía
GABRIELA MISTRAL

Los niños gritan, huyen: ¡es Emilio,
de nuevo Emilio, el díscolo!
El tumulto
se alza en la tarde, y apagado
entra en la estancia donde Emilio escribe
sobre la mesa coja.
El bamboleo
de la cubierta inquieta cada página
blanca de espuma o sal: Sandokan
grita remoto allá en la proa
pero su voz se quiebra entre el estruendo
marcial del organillo.
Por la música
triste la sombra trepa hasta la página
como una araña, y allí queda
por fin, gorda de muerte.
Pobre Emilio,
ya es tiempo.
Llama el maestro.
Se acabó la gloria.

RESPONSO POR RUBÉN DARÍO

Buey que vi en mi niñez
echando vaho un día

Amigo, el tiempo que no cree en nosotros
nos lleva el pan, el corazón y el día
como a las nadas del otoño muerto.

¿Qué sabe acaso de tu fiel Francisca,
de tu chaleco decadente, pulcro
entre las sedas del suburbio ambiguo?

Como por juego, distraídamente,
nos echa encima el polvo que levanta
cegándonos las ganas de la vida.

¿Qué es de ti ahora, dime, a los cincuenta
solemnes años de callarte a solas,
de no estar ya jamás cuando te llaman?

Ni qué eres, inerme, sino un soplo
en la boca enemiga de los otros,
cuanto encierran dos cifras en un libro.

Precario ser, si alguno, insuficiente,
pues quedan palas, montes de ceniza
para embromar también al que te nombre.

¿No será extraño, entonces, que destellen
como bronce los flancos delicados
del buey que viste, a un sol que ni soñabas?

No al sol de tu niñez, al que venía
recatado y risueño en la corteza
del espléndido pan de tus domingos.

Ese no alumbra ya, no más calienta
siquiera a la nostalgia que temblando
buscó un cráneo abolido como abrigo.

Ni al otro en que te hablo, el que persigue
las vanas sombras por la tarde huraña
volándolas del patio a la memoria.

Veloz, vertiginoso, irrestañable
sol de las cosas que perdemos juntos
hacia el único ayer que nos reúne.

Y a cuya luz no fue, Rubén Darío,
que viste al buey de tu niñez, el grande,
pacífico animal que es ya la dicha.

Tenso de sangres y significados,
macizo, puro, de oro transparante,
vida en lo muerto de la inmensa página.

Ni el árbol, que es apenas sensitivo,
ni más la piedra dura, sino el hombre
dichoso es que engendra lo que mira.

Dichoso el buey, el pan y tu Francisca,
Phocás, el caracol, tu Nicaragua,
los tronos, potestades y dominios
eternos hoy al sol de tu palabra.

DAGUERROTIPO DE UNA DESCONOCIDA

Esa muchacha que en el daguerrotipo está mirándonos,
que no sabemos quién fue ni cómo se llamaba;
esa muchacha tan deliciosamente fresca bajo su blusa de encajes,
frágil con el temblor del pájaro que una vez hemos tenido
en la mano;
el óvalo de cuya cara nos hiere de belleza,
las líneas de cuyas manos dibujan la esperanza o la ternura;
esa muchacha está en peligro, ya ven, y no se da ni cuenta.
El día se le está yendo como el aroma escapa de la rosa,
el nombre se le está yendo como está yéndose la música, no
se da cuenta.
Sólo un instante más y ya no podremos ampararla, no podremos;
el rumor de su falda se ocultará a la sombra de los márgenes;
ligera se habrá ido como si no tuviese un cuidado en el mundo
y en su lugar habrá cosas sin alma que el polvo aquieta
con la punta de sus dedos.
No estará la muchacha, la perfección, la gloria de la luz, sino
su imagen
manchada ya, tocada ya, dañada, como por una mosca, por
la fecha.
Es demasiado joven para el odio del tiempo.

EL VIEJO PAYASO A SU HIJO

1

Avanza ya, hijo mío, desde el vano
donde los pliegues de la recia púrpura
ocultan la impudicia de las máquinas
—tan útiles, es cierto—, el abandono
de los grandes telones que han colgado
como pájaros muertos en el polvo; avanza
desde la sombra y haz tu reverencia
como si nunca fueses a volver.

2

Estás en medio de la luz; enfrente
se abre el enorme golfo de tinieblas
donde hay alguien sin duda que te acecha
con sus mil ojos ávidos. A veces
lo oirás toser, reír como a hurtadillas,
estornudar quizás, estremecerse; nunca
lo vas realmente a ver. Inclínate,
pues, como caña al viento: pero cuida
bien el dibujo de la curva: todo
es arte al fin.

3

Y ahora,
¿qué vas a hacer? Te has escapado
definitivamente a mis desvelos, y casi
como si fuese yo también el leviatán sombrío
te miro ir y venir sobre las tablas, pero
con una irrestañable aprensión.
¿Estás seguro
del peso justo de las bolas
que libraste a los aires?
Y los peces,
quizás juzgaste mal su humor extraño
y cambien luego de color.
Desastres,
minúsculas catástrofes, quién sabe
qué más.
(El invisible
no tuvo ayer piedad.)

4

Pero mañana,
cuando las viejas barran a conciencia
el poco de hoy que queda en las colillas
por todo el ancho espacio desolado
donde no hay nadie nunca: ¿importará
el trueno de la gloria o el silencio
del papel arrugado en una esquina
bajo el polvo de ayer? Nadie lo sabe.
Y sin embargo,
es necesario hacerlo todo bien.

TESTAMENTO

Habiendo llegado al tiempo en que
la penumbra ya no me consuela más
y me apocan los presagios pequeños;

habiendo llegado a este tiempo;

y como las heces del café
abren de pronto ahora para mí
sus redondas bocas amargas;

habiendo llegado a este tiempo;
y perdido ya toda esperanza de
algún merecido ascenso, de
ver el manar sereno de la sombra;

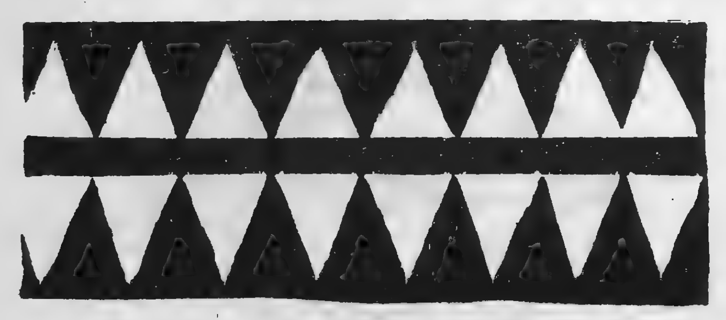
y no poseyendo más que este tiempo;

no poseyendo más, en fin,
que mi memoria de las noches y
su vibrante delicadeza enorme;

no poseyendo más
entre cielo y tierra que
mi memoria, que este tiempo;

decido hacer mi testamento
Es
éste: les dejo

el tiempo, todo el tiempo.



A TRAVÉS DE MI ESPEJO

1981

FRENTE AL ESPEJO

En un abrir y cerrar los ojos
ya no estarás en donde estabas:
un triste viejo está mirándote
con qué terror desde tu cara.

Mirándote ávido y mirándote
mientras la luz te da en su cara:
en un abrir y cerrar de ojos,
ni tú, ni él, ni nada.

LA CASA ABANDONADA

Desde el camino las ventanas
cerradas ves al sueño de tu vida.
Vagan allá tus tardes, tus mañanas,
como apenas la luz por las ventanas.

Bien que el rumor de los cubiertos
oculto está por fin, y sólo
por los cuartos desiertos
sopla el casto silencio de los muertos.

TIGRE

El tigre viene y va,
su flanco ondula
de aquí hasta allá;
la noche le circula
por todo el cuerpo:
en él está.
El tigre viene y va.

Parece ahí mismo, ahí
por donde gira
viniendo como si
no fuese más que ira:
el tigre no está aquí:
no mira
sino su dura tierra bengalí.
el tigre no está aquí.

Está y no está, no ves,
la reja no lo encierra.
¿Se puede ser tal vez
la noche de una tierra
y el día de otra después?
Rayado en sombra el tigre y en sol es.
La imagen duda y huye,
pues

su doble ser aterra.

SÉPTIMO ARTE

Cuando quitan la luz empieza el piano
su modesto galope de mentira
por la viva tiniebla de la sala.
El jinete que irrumpe ya es un soplo
de pura sombra, y la mujer un ala
leve rozando el ansia donde gira.

De muy atrás la luz en haz impuro
cruza el silencio, da contra la tela
y estalla en mil y más de mil imágenes
que duran lo que dura el que las vela
desde un rincón del corazón oscuro
y en un estar que es irse a toda vela.

Cómo se llaman, cómo se llamaban
los que ardieron allí gloriosamente
a través de la niebla de esta vida
hasta dejar en la pared helada
tan sólo el hueco limpio de su ida
bajo la ciega luz indiferente.

Buck Jones, sí, Buck Jones se llamaba
el que hoy no tiene un nombre que lo abrigue
cuando sopla el helor de la canícula
sobre la esquina donde siempre sigue
anunciándose el vaho de la película
que nadie supo nunca en qué paraba.

FRANÇOIS VILLON

¿En dónde están las nieves, dime,
las de aquel año en que escribías
tú de las nieves de otros años?
Pasaban las nubes, qué sombrías.

Las reinas no sé dónde han ido
ni adónde el hambre que tenías:
pero las nieves de aquel año
caen en tus versos
—frías, frías.

JOHN KEATS

La Bella Dama sin Piedad, amigo,
vino a quererte muy temprano.
La frágil, la cruel, la fugitiva,
mucho te diera, muy temprano.

Su amor ardió en tus ojos, sol de nieve,
transparentó tu pobre mano.
La Bella Dama sin Piedad, amigo,
más allá siempre de la mano

MIGUEL, DON MIGUEL

Miguel, Don Miguel, padre nuestro
en el idioma y en la entraña,
¡qué mal te fue todo, mi pobre
Miguel de Cervantes del alma!

Apenas pan, algo de cárcel,
y no se vive de esperanzas:
la sonrisa que nos abriga
fulgor será de sal amarga.

ENTRE LA DICHA Y LA TINIEBLA

Como quien toca con un dedo
la punta fría del agua,
marcándose de sólo
su transparencia demasiada,
me he puesto yo a mirar
el no ser infinito que me aguarda.
Los soldados de plomo
están apenas en su caja
y entre la dicha y la tiniebla
no queda sino el filo de la lámpara.
Qué poco todo, mi amor,
y cómo es corta la esperanza,
cuando venimos a verla
ya se nos acaba
y están los hijos corriendo
más allá de la mañana.
Pienso en la tialola
de alguna familia egipcia o franca
y en el sabor de sus pasteles
que ya no saben más a nada,
y entonces nuestras bromas
van y se me atragantan
mirando que algún día
tendrá otro que inventárnoslas.
Contemporáneo de los Césares
y de Moisés y la Pequeña Juana
y de abolidos albañiles
colgados como arañas
sobre la piedra de los siglos,
sobre su cara mala,
todo el pesar del tiempo
me va a caer sobre la cara.
Como quien toca estremeciéndose
la punta fría del agua,
miro la noche tanto
más grande que mi casa,
la noche tanto más enorme
que toda la Vía Láctea,
y abajo mi conciencia
como una vela en una iglesia abandonada.
Qué poco todo, qué poco,
para tanta sombra
—tanta.

CARROLL Y ALICIA

Alicia va por el espejo,
tú quedas con tu libro, a solas.
Las maravillas del espejo,
¿doblan quizás las de la sombra?

No vuelve Alicia ni hay ya nadie,
sólo quedó tu libro, ahora.
¿Estás allá también, o duermes
muy, muy adentro de la sombra?

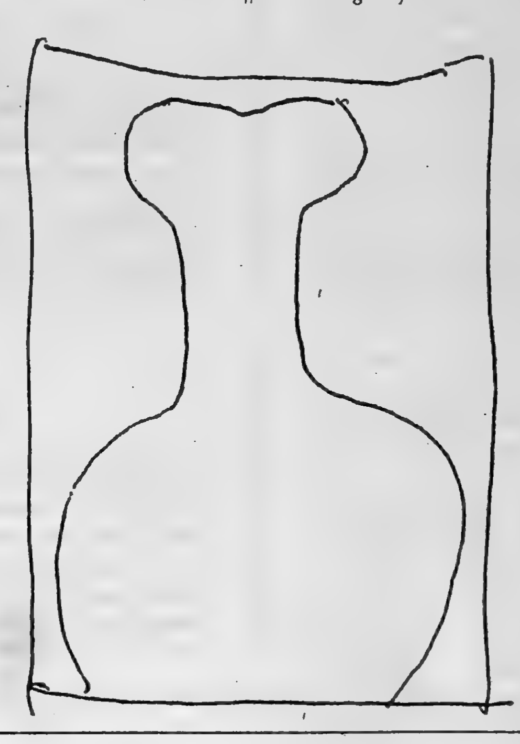
EN ESTA IRREVOCABLE PROCESIÓN

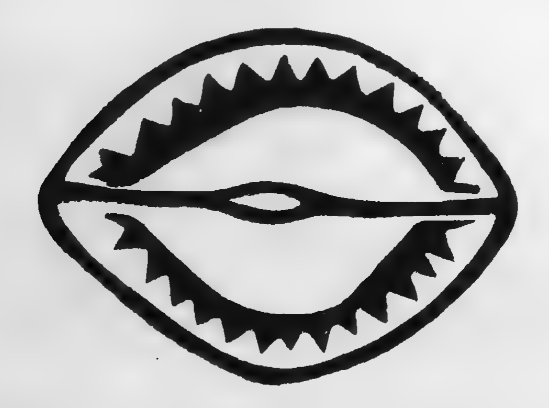
En esta irrevocable procesión
que va del lunes abrumando al martes,
bien poco valen las ansiosas artes
del hoy que se te estrecha al corazón.

Que siga noche a día, no hay razón,
ni que ayer nos alcance en todas partes.
Tan pronto estás en paz, tan pronto partes.
Sucédete ser sólo sucesión.

No es natural «adiós» ni «hasta mañana»
ni «buenas» ni el candor de «cómo estás»
ni «mientras» y «entretanto» y «todavía».

Estar es siempre unir de mala gana
de aquí en ayer, de vamos a jamás,
del frágil hay al increíble había.





INVENTARIO DE ASOMBROS

1982

LA PÁGINA EN BLANCO

Me da terror este papel en blanco
tendido frente a mí como el vacío
por el que iré bajando línea a línea
descolgándome a pulso pozo adentro
sin saber dónde voy ni cómo subo
trepando atrás palabra tras palabra
que apenas sé que son sino son sólo
fragmentos de mí mismo mal atados
para bajar a tientas por la sima
que es el papel en blanco de aquí afuera
poco a poco tornándose otra cosa
mientras más crece la presencia oscura
de estas líneas si frágiles tan mías
que robándole el ser en mí lo vuelven
y la transformación en acabándose
no es ya el papel papel ni yo el que
he sido.

DIÁLOGO

En medio de lo sordo de la noche
y la mudez eterna de allá arriba
yo solo estoy conmigo dialogando
y así comento lástima que pronto
vas a ser sordo tú también y mudo
como la luna inmemorial, la ciega.

Y unas hojas susurran con el viento
y allá lejos un gallo canta claro
y aunque no los entiendo me respondo
que basta con su estarse humilde vivos
y que no es tanta lástima la mía
y que otra noche habrá quien los comprenda.

Volverse atento a cada cota basta
aunque fuese una vez y un soplo casi,
¡oh ciega roca inmemorial, eterna!

RESTOS DE DON MIGUEL DE CERVANTES

Pues bien: es cierto: agonizó Miguel
y sus deudos lloraron y sus deudas
grande escándalo hicieron de tan viudas
y entretanto giraban las Cabrillas
ocultaron sus restos en un foso
disimulante al fin de la blasfemia
de oler peor que el mal sudor del vivo
y así fuéronse a casa y no tuvieron
ni mandas por consuelo y renegaron
porque el jubón no estaba como anuncian
y las calzas de válgame y no diga
pero se remediaron y año nuevo
y olla va y uña viene y Don Miguel
si lo vieron pues ya no lo recuerdan
y en tanto todo el tiempo en el desván
habla que habla se las pasa en vilo
sin darse cuenta de que pasa nada
siempre en lo suyo en su rincón de siempre
con los ratones escuchando atentos
esa voz sola que es su voz tan sólo
y a la rendija de una tabla y otra
como a escondidas de sus propias mañas
una oreja de fuego enorme y quieta.

ESPERANDO

A M.T.

Nos visitó hace días. Tan menuda
que apenas se enteró el asiento. Dijo
si cambian el estante si lo ponen
habrá otra vez qué tal en su murmullo
de hojas remotas confundiendo
los nombres con sonrisas. La miramos
alegres de tenerla donde estaba
cernida como un pájaro. Se iría.
Pero iba a volver pronto.

Qué raro. Extraño. Cae el jueves. Luego
—es natural— volvió su turno. Nada.
Está el sillón vacío. Los estantes
cambiaron de postura: son corteses.
¿Aprobará quizás mientras confunde
sonrisas, fechas —vagos, bellos naipes
que su exquisito azar trasiega? Olvidas
la dulce corrupción de aquellas flores.
Pero es tan natural oírla. Dijo

que iba a volver —eso nos dijo— pronto.
Señora tan gentil no mentiría.

DONDE EL SOL SE CALLA

Mientras los otros brindan, yo los miro
cómo de cada instante se están yendo
por la memoria adentro y deshaciendo
hasta quedar en sólo un vago giro
de sombras y en apenas suspiro
que va mi frágil verso estremeciendo.
Pues también yo el que fui ya no estoy siendo,
los ojos que aparté entonces los viro
hacia la parte donde el sol se calla.

Y alzo mi copa vuelta sombra a sombras
como un espectro más, desvanecido.
Así por fin el que leyendo vaya
—y no sabré jamás cómo te nombras—
ha de verse también hecho de olvido.

MALO

Si vas a ser malo, procura ser bueno
PROVERBIO INGLÉS

Si el viejo Jack aún vive que perdone
ayer lo vi de nuevo hacer el malo
en la eterna película de siempre
tan malo como malo que da pena
pero en cambio tan joven que seguro
se marchó del estudio hace un instante
a tomarse su trago de costumbre
aunque ya a la verdad está que añejo.

Si el viejo Jack aún vive, que perdone.

Tantas veces murió Jack de una bala
que por fin qué le importa que lo tumben
tumba que tumba Jack siempre tumbado
te da lo mismo más o menos tumba.
Pero no es cierto Jack el bar qué lejos
y a veces te tocaba una heroína
que ya perdió sus dientes con tu amigo
porque eras malo Jack malo de veras.

Si el viejo Jack aún vive, que perdone.

SIGNIFICADOS

Qué significa oler, a qué lenguaje
pertenece el picor de la cebolla,
su galáctica punta de riqueza
siempre aludiendo a más; y la fragancia
de amanecer de toda fruta, qué
misteriosa promesa nos esconde
que no agota el sabor; y qué nos dice
el coro en pleno del café magnífico
tronando en la tiniebla; y la ternura
con que se acerca al corazón la rosa
que consuelo nos trae, de qué amor habla
la picuala en aromas anhelantes;
y si la humilde hierba nos bendice
con su aliento final, por qué nos odian
los desechos terribles, acosándonos,
con sórdidos hedores, con nefastos
halagos de terror. ¿Huele el abismo
de la noche a vacío? La remota
flor en ascuas que irrumpe en la negrura
total de lo exterior, con qué perfume
de vértigos nos llama. Pero aquí,
sobre el mantel, en el silencio blanco
de sus fibras sagradas, una voz
con suave terquedad está insistiendo,
desde la entrada cándida del pan,
que no hay por qué, ni puede haberlo,
que todo, todo al fin está muy bien.

YO

El yo que está en la página no es mío,
puede ser tú muy bien y en paz quedamos,
sólo un menudo abismo nos separa,
quién sabe qué tal vez quizás la lámpara,
pero su luz en ti y en mí es la misma,
que esté siempre encendida lo que importa.

Es la memoria en llamas quien alumbra,
las llamas queman tantas cosas tantas;
va el trompo tuyo al fuego con mi sable,
al fuego caen tu pan y mi merienda,
tu azoro vuela con mi asombro en chispas,
mi vida nutre con la tuya al fuego.

El yo que está en la página es rescoldo,
si tuyo o mío al fin qué poco importa,
si mío te calienta ve y abrígate,
si tuyo me ilumina he de abrigarlo,
todo su ser al fin cenizas nuestras,
yo y tú no más la frágil ascua.

LA JOVEN DE LA BOINA

A Fina, en el retrato que le hizo Ponce

La joven de la boina a quién espera.
Sesga la sombra el leve rostro grave
y el aguante de esgrimista, esbelto y suave,
roza el jubón, y duerme. Luz austera
como de un alba que ya tarde fuera
o la estela de bronce de algún ave
que huye veloz por donde no se sabe
si es el confín del tiempo o su ribera.
No se inquieta la joven, no se mueve
mientras danzan penumbras y reflejos.
¡Quién se atraviese a hacerle compañía!
Tan familiar, tan otro el rostro leve.
Los ojos en su sombra miran lejos.
Tú estás en otra parte, hermana mía.

EL SÓTANO

Alguna vez recién hecha la casa
resplandeció de cal un mes de agosto
y la magnificencia de las puertas
selló el hogar por fin y los postigos
la gloria de su añil dieron al día
pero jamás el sótano fue nuevo
con su olor a humedad y mala sombra
donde medra lo inmundo y es bien fácil
que un pérfido marfil destelle lívido
mientras se rasga hasta la entraña el alma
pues estos sitios no nacieron nunca
ni están entre los años sino envueltos
en el sudario de su arcaica escarcha
siempre fueron así quién sabe cómo
y en cada cual con disimulo entorna
su muda puerta lúgubre e Infierno.

AZORO

Tremendous trifles
CHESTERTON

Cubre a tus hijos, parda palomita
silvestre, y quieta y con tu ser entero
abrígalos del áspero aguacero
que si no estás, de prisa te los quita.
Temblando abres las alas y marchita
te estrechas a tu bien perecedero,
mientras él pasa rápido y grosero
y a puñados la muerte precipita.
Qué sabe el dios del agua de tu pena,
de tu tibio, minúsculo tesoro
que más trémula guardas que serena.
Y allá va el regio, eterno meteoro
ciego en su majestad que es tan ajena
a la enorme minucia de tu azoro.

Conque pesando

Recordé un viejo cuento de Jack London
Comandante Ernesto Che Guevara

Conque pesando bien qué miro y pienso
mientras la muerte al cuello se me enreda
como una amante despreciada y ávida,
no son los grandes giros, los asombros,
los ejes magistrales de mis años,
sino más bien, belleza, tus minucias,
tu frívolo esplendor, tus triunfos leves,
los que en desdén el rostro me desvían:

no a la nevada de paz de tu ancha frente
ni a tus ojos augustos, los bovinos
lagos de fuego en calma sin orillas,
ni a la regia ternura de tus labios
o a la firmeza de tus pechos suaves,
sino a la punta esbelta de tus dedos
mientras absorta frunces plieguecillos
en tu túnica eterna hecha de nadas.

Leyendo a Salgari

Ése es el piso oscuro donde viven
mis primos. Ya decía. Las ventanas
son altas y las ciegan los sudarios
indiferentes de la cal vecina.
Huele a pan y a un pescado seco y limpio.

Y el aroma se mezcla al de las hojas
espesas, blandas, que por fin sumergen
las huérfanas cubiertas del «Liguria».
Después de la andanada, el abordaje.
Me agobia el humo. Tío fuma en pipa.

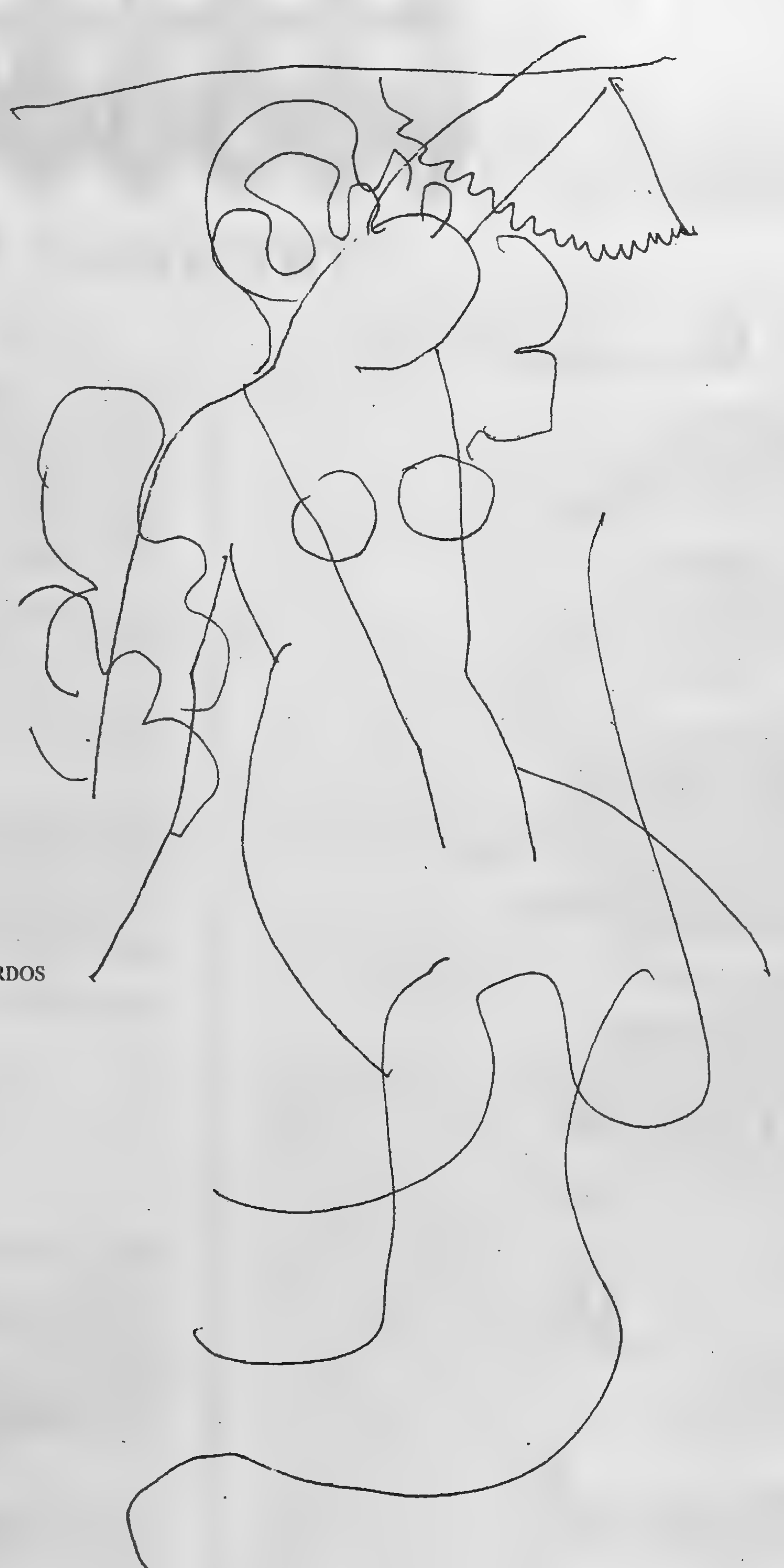
No existe el sitio donde estoy, qué oscuro.
La pipa se apagó en la chamusquina.
Niebla es el libro y son mis manos niebla.
Mi tío se fue junto a Salgari ahí mismo.
No culpes por la sombra a las ventanas.

Y qué va a ser de tus recuerdos

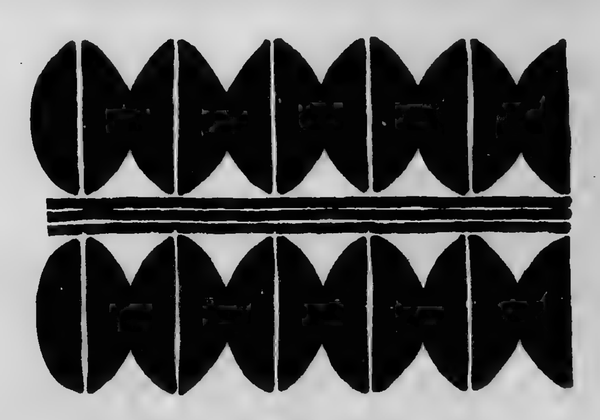
¿Y qué va a ser de tus recuerdos cuando
no tengan ya dónde encontrar abrigo?
¿El aroma feliz de aquellas cajas
con guerreros minúsculos, herméticos,
y el eco de la voz que en la penumbra
te farfulla el secreto de las frondas?

¿Y qué va a ser de tus recuerdos, dime?

De aquella niña que llegaba siempre
más pronto que la luz a tus razones
y del menudo perro que consigo
llevó a su noche el ser de la ternura.
Tu juventud es más que mi memoria,
muchacha eterna de la eterna vía:
ella perdure cuando el resto acabe.







OTROS POEMAS

Elegía para una partida de ajedrez

A José Lezama Lima

En el crepúsculo, si estás
de veras solo, mira,
lo que se dice solo, vienen
poquito a poco en torno tuyo,
levísimos fantasmas, tus recuerdos.

José riéndose, su vaso
junto a la sapientísima nariz
capaz de discernir
el olor de lo eterno
en el breve grosor de la cerveza.

José –José riéndose.

Una partida de ajedrez,
jugada por nosotros dos,
ha de quedar, no piensa usted,
siempre honorablemente a tablas,
dice José, riendo entre la espuma.

La brisa en las arecas, y el cristal
tan firme y frío de la mesa,
y en torno de los demás, los entrañables
–refugio, abrigo nuestro.

Ni arecas ni cristal, José,
se acabó la cerveza.
Sólo su risa oculta permanece
como un farol iluminando
las piezas, el vitral
de blancura y negror. ¡Ah, tablas,
mi querido José! Pero su risa, sí,
me tumba el rey definitivamente.

Arrecia el viento en las arecas, mira,
y a solas yo –lo que se dice a solas.

De noche

Los árboles de noche allí en el parque
a la luz poca y vaga
de los viejos faroles y la luna,
son qué remotos, y qué arcaicos.

Sientes
nostalgia de otro sitio que no es otro
sino el mismo por donde vas a solas
entre la luz de cuál eterno entonces.

Los árboles, de noche, allí en el parque.

El día de los otros

Cuando por fin mañana sea de veras,
cuando mañana sea mañana,
definitivamente la mañana de los otros,
qué poco va a importarte a ti
lo que empezaste con afán ayer
y era imposible que nadie sino tú
con afán le diese fin a tiempo.
Cuando mañana sea mañana.

Cuando por fin amanezca el día de los otros,
absolutamente el día en que no estás,
qué solos van a quedarse tus zapatos,
y sabiendo que a ti qué más te da
colgarán tus camisas de las perchas
con cuánto imaginario desconsuelo.
Porque cuando amanezca el día de los otros
de veras que va a darte qué más da.

Supónte entonces otra forma de ser tú
mientras los otros huelen el sol que ya no ves
y piénsate un estar que no es aquí
donde no escuchas la impertinencia del reloj
y llámalo la eternidad.
Cómo pensar que entonces no va a importarte tu mujer
ni te harán gracia las bromas de tus hijos ya
porque no sabes tú de ti ni qué.

Y así no entiendes tú la eternidad –ni yo.

Elegía para quizás

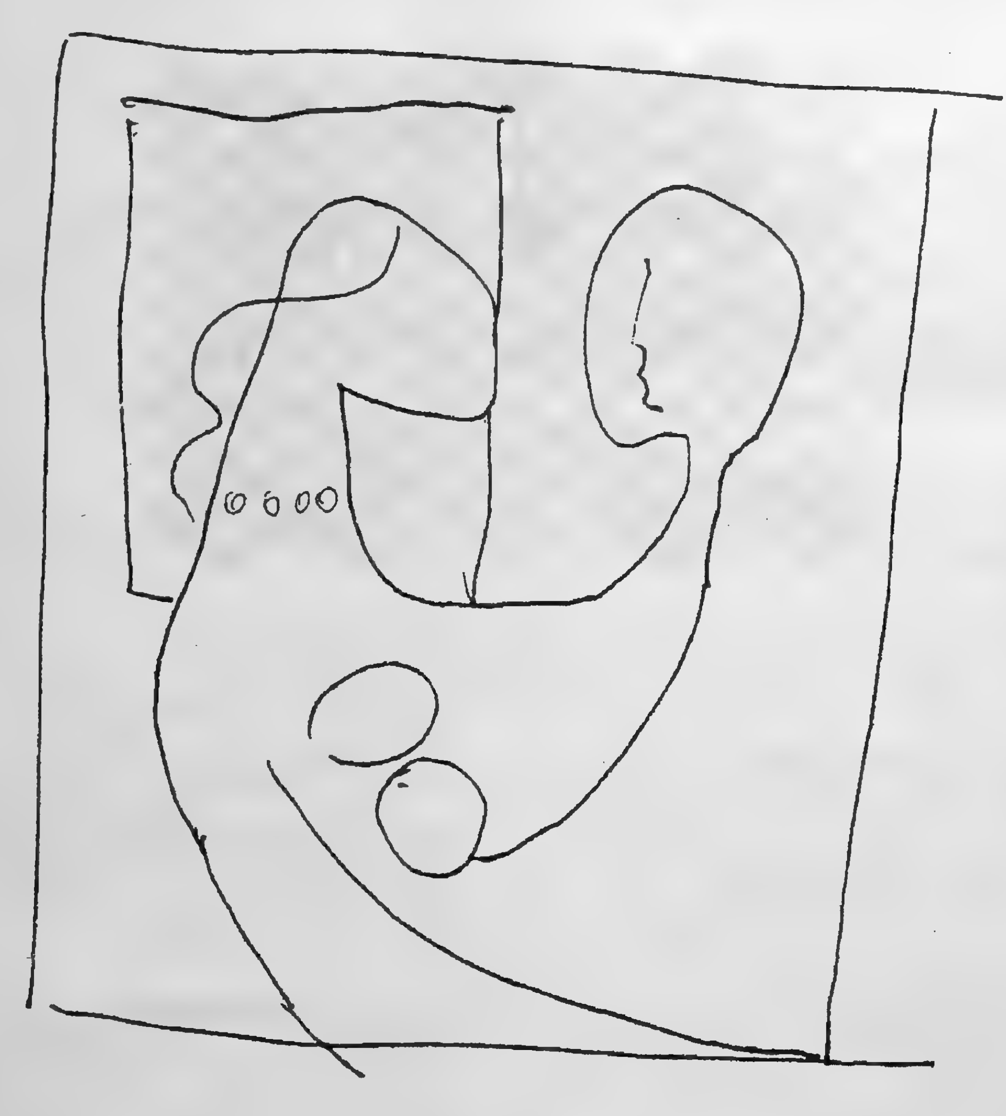
Después de esto, todo es posible.
Epitafio de Oscar Hurtado

1

Más viejo que sus años,
mucho más,
así es mi amigo. Viene
arrastrándose el cuerpo y la sonrisa
con qué cansancio,
pero viene.
Me hará en la larga noche compañía
mientras la guardia dure
bajo la luna lívida de enero.

2

Miro su rostro escuálido, tajado
por remotas angustias,
su estatura
de gigante que aún no sabe cómo
hay en su pelo tanto polvo,
tanto.



su sonrisa se apena de sí misma,
es un después de todo,
qué le vamos a hacer,
en fin, no importa. Y acomoda,
pliega y dispone sus enormes huesos
entre la silla frágil,
su cabeza de cal bajo la luna.

3

En realidad, no hay nadie.
Está en la silla el hueco de su cuerpo
entre la luz liviana, de manera
que puedo imaginarlo de tres formas
diferentes: o bien
debe venir puesto de joven
y se tarda en llegar, o bien
vino y se fue ya vuelto un viejo,
o bien
duerme en sus grandes huesos azorados
al helor de la luna.

4

Sabe qué cosas, este amigo.
Sabe
quién apacienta las Cabrillas,
la dimensión exacta de las flechas
del Arquero Celeste, y el matiz
preciso de la llama eterna
de Aldebarán. Sonríe. Cuenta
anhelantes esbozos de novelas,
poemas como abismos y tratados
y atónitas memorias
que nunca escribirá. Su voz
es como un soplo, apenas
si roza el leve velo de la luna.

5

Y sin embargo, amigo, tú y yo fuimos.
Quiero decir, no ves,
que había
mañana, y más.
Lo que aún no estaba
ni en ti ni en mí, sino,
me explico, ante los dos
la posibilidad, plácida virgen
de ojos grises dormidos, silenciosa,
la dueña de quizás
y acaso, y de tal vez. Entonces
podíamos amarla,
y eran, sí, pulcros tus poemas
a ella confiados, mientras yo,
absorto en su sonrisa,
te admiraba en secreto, y a mi vez
ponía mis proyectos en tus manos
y a su tibio calor
vivían, y eran, y qué bien.
¿Dónde, dónde se fue
la joven, dónde
sus tácitas promesas?
Sólo nos toca su silencio, y lejos
su helado puede ser, tan sólo
un eco en el reverso de la luna.

6

¡Ah, dime, pues!
Si ella quedó detrás
fija en sí misma, inmóvil
como una blanca estatua mutilada
que esconde su secreto
allá en sus grandes órbitas vacías,
¿de qué vamos a hablar?
Oye, mejor no vengas, digo.
Imitemos tú y yo como podamos
su taciturna dignidad,
dormido tú en tus vastos huesos azorados
y envuelto en mi silencio yo
como entre los harapos del decoro
bajo la arcaica escarcha de la luna.

AL PEQUEÑITO DE LOS OJOS VERDES

Dime una coas, pequeñito,
¿por qué sonríes tan a gusto
cuando duermes?

Y aun otra más: ¿qué miras
ensimismado entre las hojas
donde no está sino el relente?

¿Lo sabes todo, y nada dices?
¿Es tu respuesta la ternura
—destello pícaro del verde?

ENCUENTRO EN UNA BODEGA

1

Entro del sol a la caverna
por donde trepan los estantes
de la densa caoba: las materias
todas del mundo allí petrificadas
están según su especie: allí la sal
preside el orden cósmico
de los indiferentes minerales
que no conocen fin, mientras esparcen
sus frágiles aromas las sustancias
hijas del tiempo y la ternura
—susurrante café, clavo silvestre,
orégano remoto y la vainilla
de mohín infantil con el azúcar
serenísima y casta, y más arriba
las ristras de cebollas y los ajos
y al extremo, como pozos,
los sacos insondables con las papas
que preludian la tierra.

2

Me refugio,
secreto fugitivo, en la penumbra
que agosto araña con sus rayos
impaciente y tenaz: me da su aliento
aun cálido en la espalda: estoy a salvo
entre olores y sombras tras las puertas
sabiamente entornadas, en el centro
sensato y suficiente de las cosas
que no saben que son.
Pero de pronto
los ojos amarillos de una bestia
suben a mí desde el recodo
de su humilde santuario: el perro
me está mirando desde un odio
transparente, purísimo, sagrado
en su total malignidad.
Inmóvil,
acechando mi ser desde la sombra,
me hace sentir terror de mí.

3

Transcurre
todo el tiempo y aun más y nos miramos
como a perpetuidad: la vida
obstinada en sus ojos implacables
odiándome el saberla, odiándo-me
mientras van y descienden, vienen, suben,
tranquilos, inocentes y triviales
los profundos aromas del Jardín.

MI MADRE LA OCA

La vieja inmensa, inmóvil junto al fuego.
Largo rostro rugoso,
manos rudas.
Las llamas charlan en la chimenea
con el obeso calderón de cobre.
Las ristras cuelgan lacias,
las magistrales ristras
de cebollas.

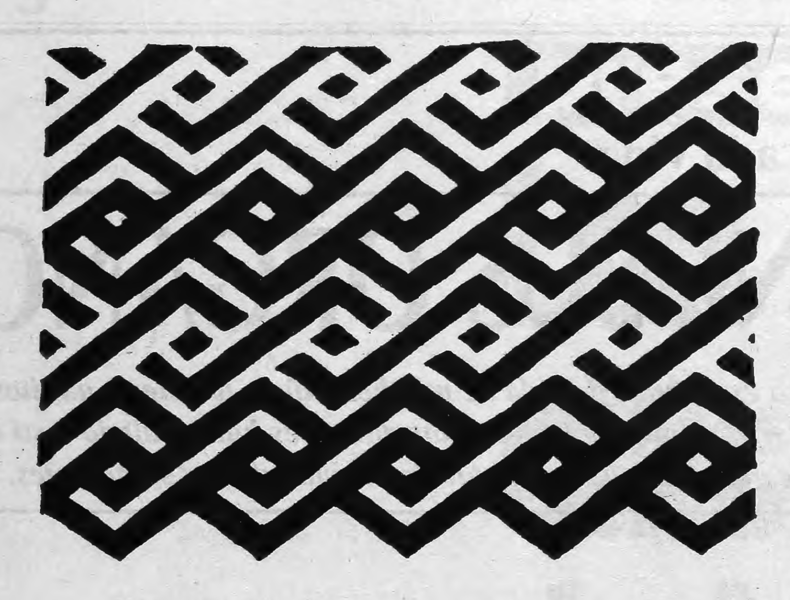
En la penumbra el fuego escoge
bien un surco reseco
junto a una boca mustia, bien
el voraz amarillo de unos ojos.
Hay gente allí muy quieta en la penumbra.
Tan callada, la gente,
como las ristras blancas,
esas tan blancas ristras de cebollas.

Mira, tú estás allí también, un poco aparte,
aunque nunca, lo sabes, podrán verte.
Como un ratón en la pared,
al otro lado, quedo, inmóvil.
Qué bajas son las vigas, y qué oscuras.
Por fin bulle el caldero entre las llamas.

La enorme vieja ahora suspira.
Dónde se fue tu aliento, dónde el aire.
Tan pura es la quietud
que oyes la leve
huella de la ceniza. Entonces,
entre el oro del fuego, la caverna
de la gran boca. Un huracán susurra
"había una vez..."
Y nace todo.

COMIENZA UN LUNES

La eternidad por fin comienza un lunes
y al día siguiente apenas tiene nombre
y el otro es el oscuro, el abolido.
Y en él se apagan todos los murmullos
y aquel rostro que amábamos se esfuma
y en vano es ya la espera, nadie viene.
La eternidad ignora las costumbres,
le da lo mismo rojo que azul tierno,
se inclina al gris, al humo, a la ceniza.
Nombre y fecha tú grabas en un mármol,
los roza displiscente con el hombro,
ni un montoncillo de amargura deja.
Y sin embargo, ves, me aferro al lunes
y al día siguiente doy el nombre tuyo
y con la punta del cigarro escribo
en plena oscuridad: aquí he vivido.



ÍNDICE